

La Esfera

Año X  Núm. 470

Precio: Una peseta



AURELIA, cuadro original de Antonio Mancini, que figuró en el "Salón de Otoño" de Madrid

En la segunda quincena de
Febrero se pondrá á la venta
la novela inédita de 300 páginas

UNA CUALQUIERA

(Breviario libertino y doloroso)

POR

“El Caballero Audaz”

Pedidos directamente á la Editorial
“**RENACIMIENTO**”
Preciados, 46, Madrid

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES



Solicítense catálogos, que se remitirán gratis, mencionando esta Revista

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

GOERZ
CÁMARAS TENAX
En venta en todos los negocios fotográficos.
Catálogo envía gratuitamente
Optische Anstalt **C. P. GOERZ** Aktien-Gesellschaft.
Berlin-Friedenau

Representante en España:
C. G. CARANDINI
Barcelona. Apartado 487

MAQUINARIA DE UNA FABRICA DE HARINAS

con molturación de 15.000 kilos

SE VENDE

DIRIGIRSE Á

D. José Briales Ron
San Antonio.—Camino de Churriana
MÁLAGA

TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

DE **Pedro Closas**

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21 **BARCELONA**

Publicaciones Bailly-Baillièrè para 1923

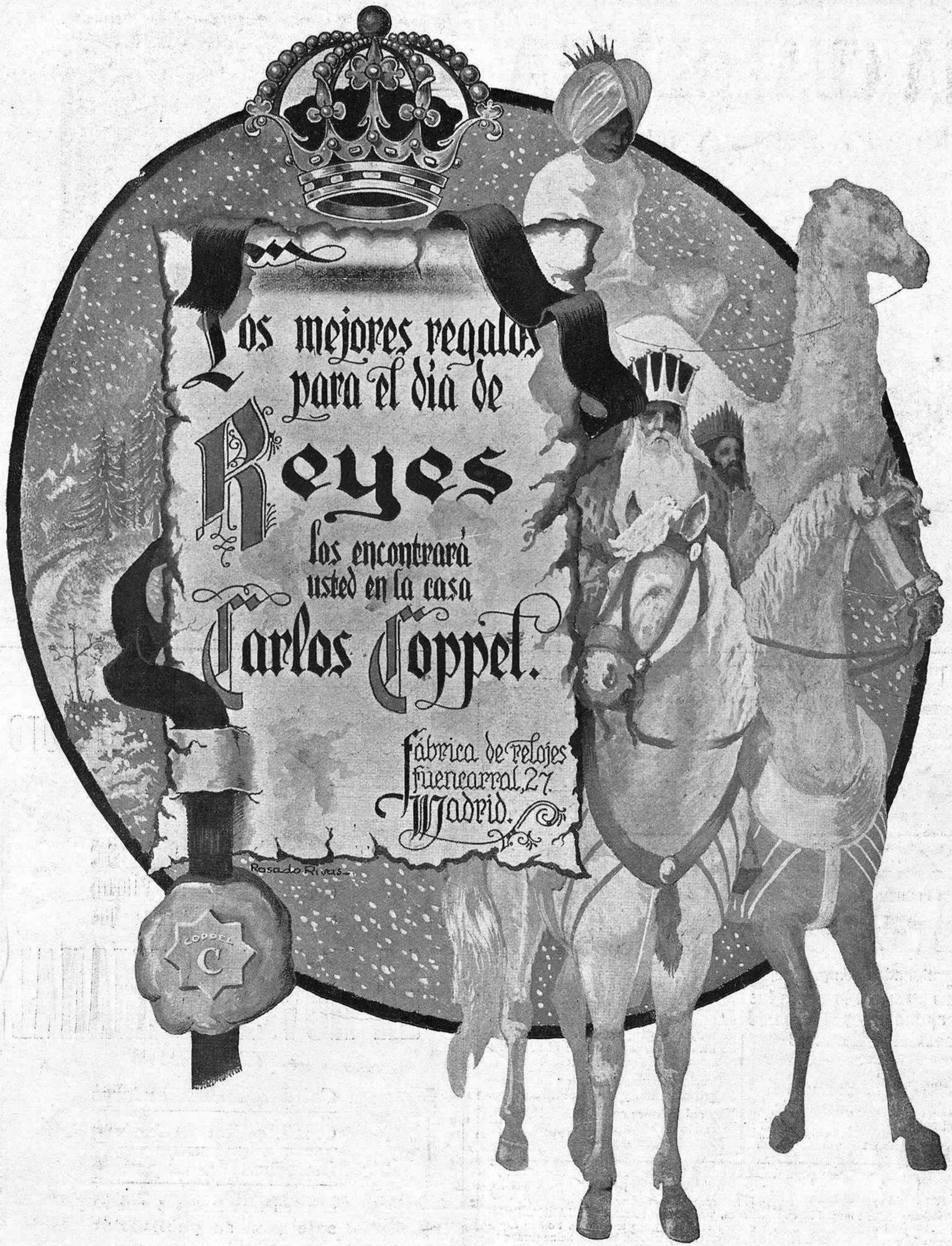
<p>ALMANAQUE BAILLY-BAILLIÈRE Un tomo en 12.º de cerca de 500 páginas, con más de tres millones de letras, varios mapas, más de 1.000 figuras y cubierta imitación cuero.</p> <p>CONTIENE Interesantes artículos sobre: Historia, Geografía, Música, Bellas Artes, Agricultura, El Universo, Medicina é Higiene, Matrimonio, Hogar, Derecho, Ciencias vulgarizadas, Juegos y Sports, Literatura, Vida Práctica. Participación gratuita en la Lotería Nacional.</p> <p>PRECIOS En rústica... 2,00 pts. Encartado... 2,50 » En piel... 5,00 » Provincias, 0,50 más</p>	<p>Agenda de Bufete CONTIENE Diario en blanco para anotaciones de ingresos y gastos, con importantes datos, muy necesarios en oficinas de Banca, Comercio, particulares, etc.</p> <p>Dos ediciones económicas. Madrid: 2,50, 4,00 4,00 y 6,00 pts. Provincias, 0,50 más.</p> <p>Dos ediciones completas, tapas tela. Madrid: 3,75, 5,50, 5,50 y 7,50 pts. Provincias, 0,50 más</p>	<p>Agenda Culinaria LIBRO DE LA COMPRA que contiene 365 minutos y más de 700 recetas. Explicación de los guisos en los menús diarios.— Agenda para anotar al día los gastos de cocina.</p> <p>PRECIOS En Madrid, 3,50 pts. En Provincias, 0,50 más.</p>	<p>Agenda de Bolsillo PARA uso de Particulares. Precioso libro de notas, dividido por días, con interesantes datos sobre Correos, Telégrafos, Teléfonos, tranvías, carruajes, etc. Encuadernado en tela, con bolsillo interior y porta-lápiz.</p> <p>PRECIOS EN MADRID De dos días en plana... 1,50 pts. Con cartera piel... 6,00 » De un día en plana... 2,00 » Con cartera piel... 6,50 » Provincias, 0,50 más</p>	<p>MEMORANDUM DE LA Cuenta diaria CONTIENE Secciones especiales para anotar visitas; señas útiles; gastos é ingresos diarios, y cuanto se necesita para llevar ordenados y sin temor a que se olviden los múltiples asuntos en que se desarrolla la vida moderna.</p> <p>PRECIOS EN MADRID Sin secante... 4,00 pts. Con secante... 5,00 » Provincias, 0,50 más</p>
---	--	--	--	---

Pedidos: CASA EDITORIAL BAILLY-BAILLIÈRE, Núñez de Balboa, 21, y Plaza de Santa Ana, 11.—MADRID
Y en todas las Librerías, Papelerías y Objetos de Escritorio.

SEDLITZ CH. CHANTEAUD
de **PARIS**

a base de Sulfato de Magnesia anhidro puro, Acido Tártrico, Bicarbonato de Sosa. — El mejor Purgante, Laxante, Depurativo contra: ESTREÑIMIENTO, JAQUECA, ESTADO BILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS del SANGRE
PREPARADO POR URIACH C.º, 49, Bruch. BARCELONA

Carne de membrillo
JUSTO ESTRADA
PUENTE GENIL



Los mejores regalos
para el día de
Reyes
los encontrará
usted en la casa
Carlos Coppet.

fábrica de relojes
fuencarral, 27
Madrid.

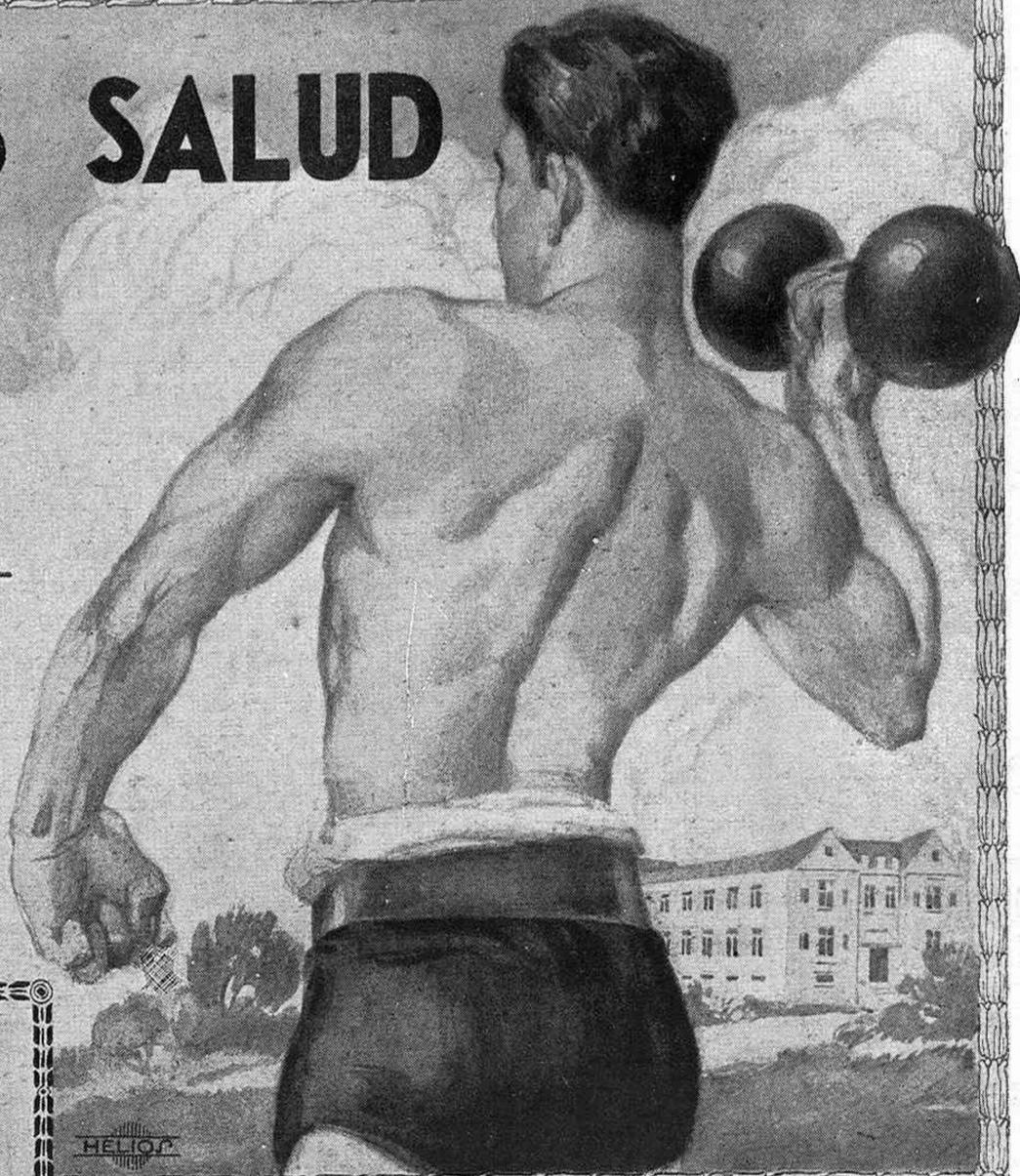


Rosado Rivas

HIPOFOSFITOS SALUD

Contiene los elementos que necesita usted para vigorizar sus músculos, tonificar sus nervios, estimular su apetito y vencer definitivamente la debilidad, la neurastenia y el cansancio cerebral.

Desde hoy puede usted ser hombre fuerte tomando este famoso tónico reconstituyente.



Más de 30 años de éxito creciente
Aprobado por la Real Academia de Medicina
AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD, impreso en tinta roja.
En la ARGENTINA pídase HIPOFOSALUD

UNDERWOOD



CAMPEÓN DE LAS
MÁQUINAS DE ESCRIBIR

Compañía Mecanográfica

Guillermo Trúniger, S. A.

Apartado 298. — BARCELONA. — Balmes, 7
Sucursal en Madrid: ALCALÁ, 39

TAPAS HESPERIA

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo
Se han puesto á la venta las correspondientes al segundo semestre de 1922

De venta en la Administración de Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57, al precio de 7 ptas. cada semestre

Para envíos á provincias añádase 0,45 para franquicia y certificado

Revista teosófica y poligráfica

Buen Suceso, 18 dupl.º, 5.º izq.ª
MADRID

Esta importantísima Revista, única en su género en los países de habla castellana, y que dirige el insigne Dr. Roso de Luna, ha entrado ya en el segundo año de su publicación.

Precio de suscripción en España: 10 ptas. al año y 12 en el Extranjero.

Hay colecciones completas del año 1.º, al precio de 10 ptas. Descuento del 25 por 100 á libreros y corresponsales.

DOMINAR, SER DICHOSO, TENER ÉXITO

Son sueños que pueden convertirse en realidades, gracias á los secretos de NIARKA. Perfumes Astral-Magnéticos muy personales, que traen felicidad y suerte en todo. Folleto explicativo contra 0,60 ptas. á Mme. A. NIARKA, 131, Av. de Paris. St. Mandé, Seine (Francia).

COMPANY

FOTÓGRAFO

Fuencarral, 29

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á Hermosilla, número 57.

De Capellán á Guerrillero

EPISODIO NOVELESCO

por

Diego San José

(Dibujos de Ricardo Marín)

es el título del número que

LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

Calidad en los autores

Cantidad en la lectura

Baratura en el precio

son los tres lemas á que se sujeta en su publicación

La Novela Semanal

25 céntimos ejemplar en toda España

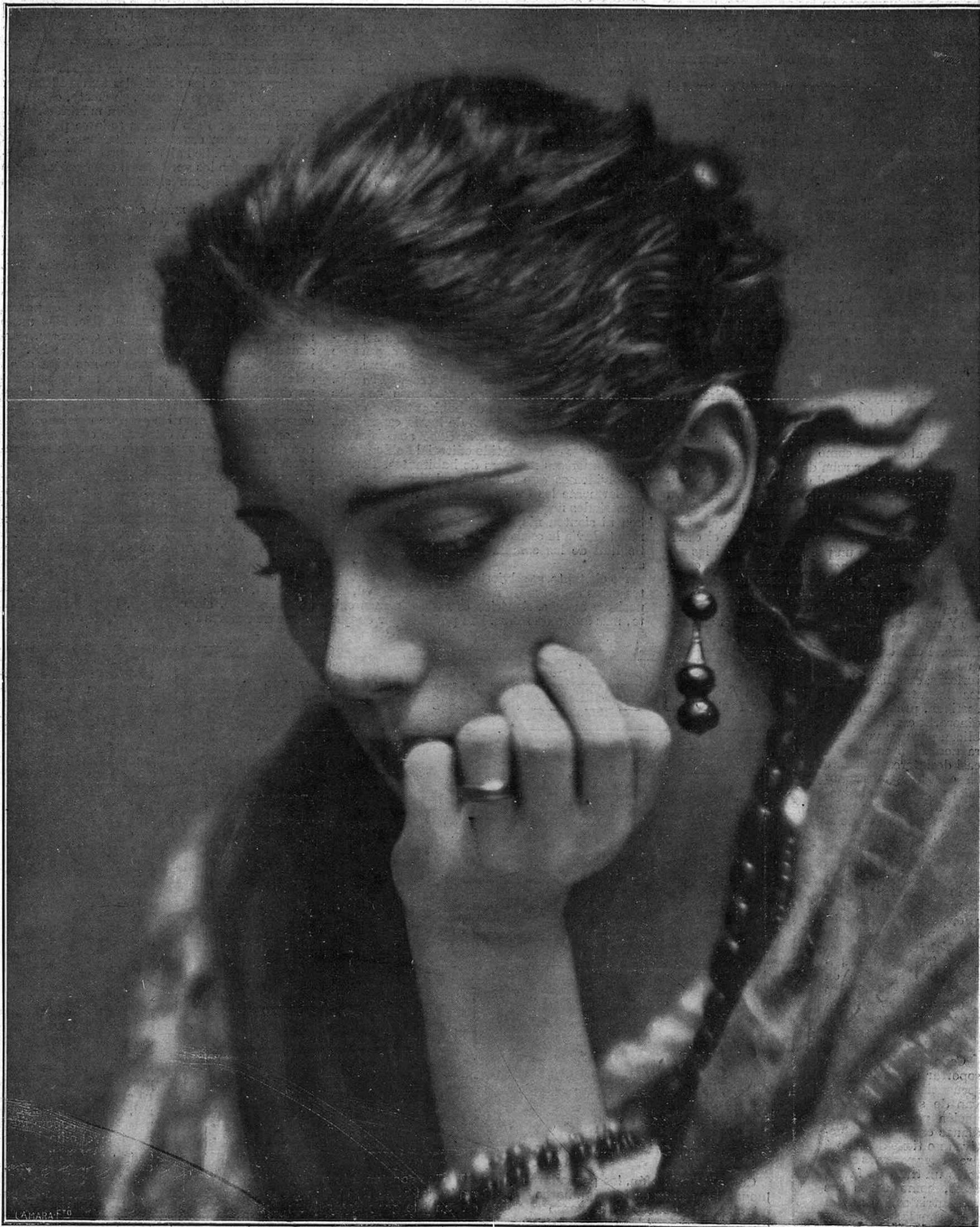
La Esfera

Año X.-Núm. 470

Madrid, 6 Enero 1923

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



RAQUEL MELLER

Después de una larga etapa de triunfos ante el público parisiense, ha reaparecido en el escenario de Maravillas, de nuestra Corte, la insigne actriz de la canción, que vuelve, tras de esta ausencia de España, más artista, más bella, más dominadora del gesto y de la expresión, si cabe, que nunca

FOT. APERS

DE LA VIDA
QUE PASA

LA LITERATURA Y LA ECONOMÍA

El oficio de crear ideas é imágenes no es en España pingüe; da para vivir, pero nada más. Un literato de regular reputación, trabajando asiduamente en los periódicos, llega en España á una situación económica parecida á la de un modesto ingeniero. Algunos, y son los menos, se ayudan con una cátedra de profesor; otros cuentan con un empleo ó alguna particular sinecura.

En el mejor de los casos, un escritor español rara vez puede vanagloriarse, no de ganar un millón de duros, como el célebre autor de los *Cuatro Caballos*, pero ni siquiera de poder costear el gasto de un pequeño automóvil. Quedan aparte, claro es, aquellos escritores que por especiales aptitudes dedican su talento á la metódica explotación del teatro. También deben descontarse á ciertos novelistas populares que explotan sin mucho escrúpulo una baja obscenidad.

Los literatos españoles del siglo XIX buscaban su sustento en la política, que en aquel tiempo era muy azarosa y con frecuencia trágica. Un escritor sufría entonces los terribles y novelescos vaivenes de la vida pública. Hoy podía disfrutar de un buen empleo, y hasta ser ministro, para tener mañana que ocultarse y escapar de cualquier manera al Extranjero. Los famosos pronunciamientos echaban por tierra las ilusiones de más de un poeta romántico; tal, para citar á uno de los más célebres, José de Espronceda, huyendo á Portugal y Londres perseguido por la autoridad.

Más tarde, al aparecer el periodismo industrial, capitalista y de empresa, los periódicos han buscado al escritor como un elemento indispensable á la buena marcha de la máquina. El literato, con sus artículos de variado género, asume el cargo de amenizador de la industria. Da al periódico la gracia, la densidad, la responsabilidad que los otros tornillos y ruedas de la maquinaria no pueden otorgarle. En fin: el escritor se convierte en un proletario á quien los periódicos y revistas pagan ordenadamente, como á los tipógrafos y los buscadores de anuncios. Salvo rarísimas excepciones, los literatos actuales en España viven del periodismo.

¿Y no publican libros? Sí. Todos los escritores españoles publican libros. Pero esos libros que no son novelas lujuriosas; esos libros que los literatos españoles escriben, producen poco dinero. Se escriben y publican por una verdadera necesidad espiritual, casi desinteresadamente en cuanto á la economía; y se busca el dinero, ágil, pronto, jornalero, en las fábricas de la Prensa.

¿Por qué no se venden un poco más los libros españoles? ¿Por culpa de la incompetencia de las Empresas editoriales? ¿Porque los mismos libros son inferiores, deficientes? ¿O por la incultura y falta de interés literario del público en España? Yo creo que se puede señalar un motivo verdadero y real: la limitación del mundo que habla castellano.

Cada país tiene que soportar todas las consecuencias que se derivan de su suerte. Una nación pobre y de medianas energías productivas no tiene derecho á pretender para sus escritores un trato de favor; éstos, como todos sus compatriotas, tendrán que correr la suerte de su patria. Por eso resultan absurdas las quejas de ciertos literatos, que hacen atolondradamente el paralelo de lo que gana

un escritor español afamado y un escritor inglés ó francés. Detrás de un hombre como Wells ó como Kipling está la enormidad populosa y la grandeza económica del Imperio británico. Por el mismo motivo un industrial, un comerciante y un médico ingleses ganan muchísimo más que sus correligionarios españoles, y es igualmente cierto que el nivel de la vida en general se halla en Londres inmensamente más elevado que en Madrid. Sería entonces infantil que pretendiésemos los literatos ser una graciosa excepción entre los demás españoles.

Se cita el caso de Francia. En una nación de cuarenta millones escasos de habitantes, los libros alcanzan tiradas editoriales muy crecidas. ¿Pero quién consume los libros de Francia? ¿Los franceses nada más? Error. Los libros de Francia son comprados por los incontables extranjeros que recorren los balnearios y playas de Francia y, sobre todo, por los extranjeros que visitan París. Los libros de Francia se venden en todo el mundo; se remiten como mercancía á todo el mundo. Un editor francés cuenta siempre bastante más con la clientela extranjera que con los simples compradores franceses. De modo que para los efectos editoriales, Francia posee, no cuarenta, sino doscientos millones de almas. Las grandes revistas literarias de París se venden también por todo el mundo, y alguna de ellas puede ocurrir que cuente más subscriptores en el Extranjero que en la propia Francia.

Pero nosotros, se dice, contamos con los ochenta ó cien millones de habitantes que pueblan los países americanos de habla española... Sin embargo, la prudencia debe aconsejarnos siempre que en un sentido editorial hablemos de esos numerosos millones de habitantes. Porque no olvidemos que entre esos habitantes, particularmente los de ciertas Repúblicas, existen demasiados negros, indios y mestizos que no saben ni sienten ningún apetito de leer. Añadamos todavía la escasez de grandes urbes y la dificultad de las comunicaciones en muchos casos.

No obstante, se advierte en esto, como en tantos otros aspectos de nuestra vida nacional, un positivo avance. América es cada día más culta, más ávida de libros. Día podrá llegar en que

un escritor de lengua castellana acierte á vivir con sólo el importe de sus libros, que es el buen ideal para una decorosa literatura.

Con sólo el importe de sus libros, pero sin que su alma tenga que claudicar... Quiero decir, sin que se vea obligado á darle al público el pasto vergonzoso del amor. ¿Y qué categoría tan pestilente de amor!

El amor ha sido siempre y en todas las civilizaciones uno de los principales temas literarios. ¿Por qué? ¿Porque el amor, en efecto, es el centro de la vida y la preocupación máxima del género humano? Pero tal vez todo se pueda explicar como un caso de utilitarismo, de negocio literario. Sí. Se habla mucho de amor en literatura, porque los verdaderos consumidores, los que forman la gran clientela literaria son los jóvenes...

Ellos forman la masa espesa del público, la multitud expectante y curiosa, el número, el entusiasmo. Los jóvenes se encargan de agotar las ediciones y de llenar los teatros. Ellos leen ávidamente y glotonamente á cualquier hora del día y de la noche, en el peor de los sitios, en la más incómoda de las situaciones, sacrificando el sueño, la comida, los placeres, todo, por la satisfacción de su insuperable vicio. Más tarde nos hacemos descontentadizos, exigentes, parsimoniosos; vacilamos mucho antes de leer un nuevo libro, y le exigimos que nos diga cosas extraordinarias, porque la vida nos ha narrado ya demasiadas cosas por su cuenta. No somos nosotros, no, los hombres maduros quienes hacemos que se agoten las grandes ediciones.

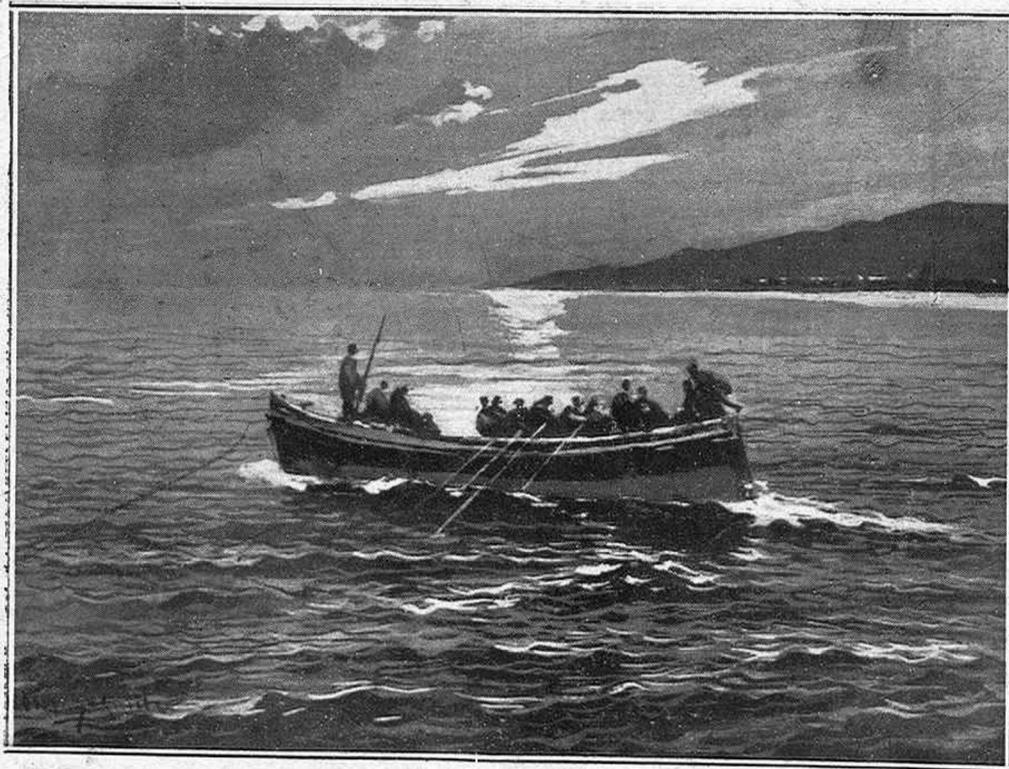
Son los jóvenes. Y éstos viven como empapados de ideas y sensaciones de amor. Así se comprende que los escritores y los editores adulen y favorezcan á esa pasión erótica de la juventud. Monótonamente, casi todas las novelas empiezan desde la primera página tratando un conflicto de amor ó describiendo una indecente escena lujuriosa. Mezquina servidumbre literaria. Triste negocio, cuando no se hace por una necesidad del temperamento, sino por la ganancia.

La suerte de un novelista que llega á una edad provechosa, que tiene hijos adultos y amistades serias, y que, sin embargo, insiste en escribir obras de amores lujuriosos para las imaginaciones juveniles, á mí me parece tan lamentable, tan triste como la suerte de esos otros escritores que en la edad madura y después de atravesar por todos los desencuentros ideológicos siguen escribiendo para las mentes juveniles obras terriblemente revolucionarias. Triste negocio editorial también en este caso. Los jóvenes, que forman el grande y espeso público consumidor, son lujuriosos y radicales en su mayor parte.

Los trágicos griegos nos demuestran que es posible realizar uno de los más grandes esfuerzos literarios que han conocido los hombres sin que intervenga el amor sexual sino en una mínima parte. La tragedia griega del gran siglo manobra con otros conflictos más profundos, más humanos que los que provienen del erotismo. El amor filial y fraternal, el culto de los antepasados, la superstición religiosa, el odio, la venganza, la ambición: he ahí los principales motivos de la tragedia griega, tan henchida de pasión y tan bañada de ternura, no obstante la casi ausencia del erotismo y la lujuria.

Los trágicos griegos nos demuestran que es posible realizar uno de los más grandes esfuerzos literarios que han conocido los hombres sin que intervenga el amor sexual sino en una mínima parte. La tragedia griega del gran siglo manobra con otros conflictos más profundos, más humanos que los que provienen del erotismo. El amor filial y fraternal, el culto de los antepasados, la superstición religiosa, el odio, la venganza, la ambición: he ahí los principales motivos de la tragedia griega, tan henchida de pasión y tan bañada de ternura, no obstante la casi ausencia del erotismo y la lujuria.

AL DESPUNTAR EL ALBA



Con ardoroso afán, los pescadores
juegan los remos en la frágil barca,
mientras el timonel la ruta marca
esquivando del sol los resplandores.

Van á alta mar, con fe, conquistadores,
sin acordarse de la dura Parca,
que en la tierra y el mar todo lo abarca
con sus enormes ojos pecadores.

Y ellos sonríen á la amable vida;
y ellos, el alma de ilusión transida
elevan á la gran Naturaleza;

y ellos, pensando en el hogar lejano,
exploran ese trágico Oceano,
que al sucumbir nos brinda su riqueza.

Alfredo CABANILLA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

José M.^a SALAVERRÍA

LOS ÉXITOS TEATRALES
 "La Pimpinela Escarlata"

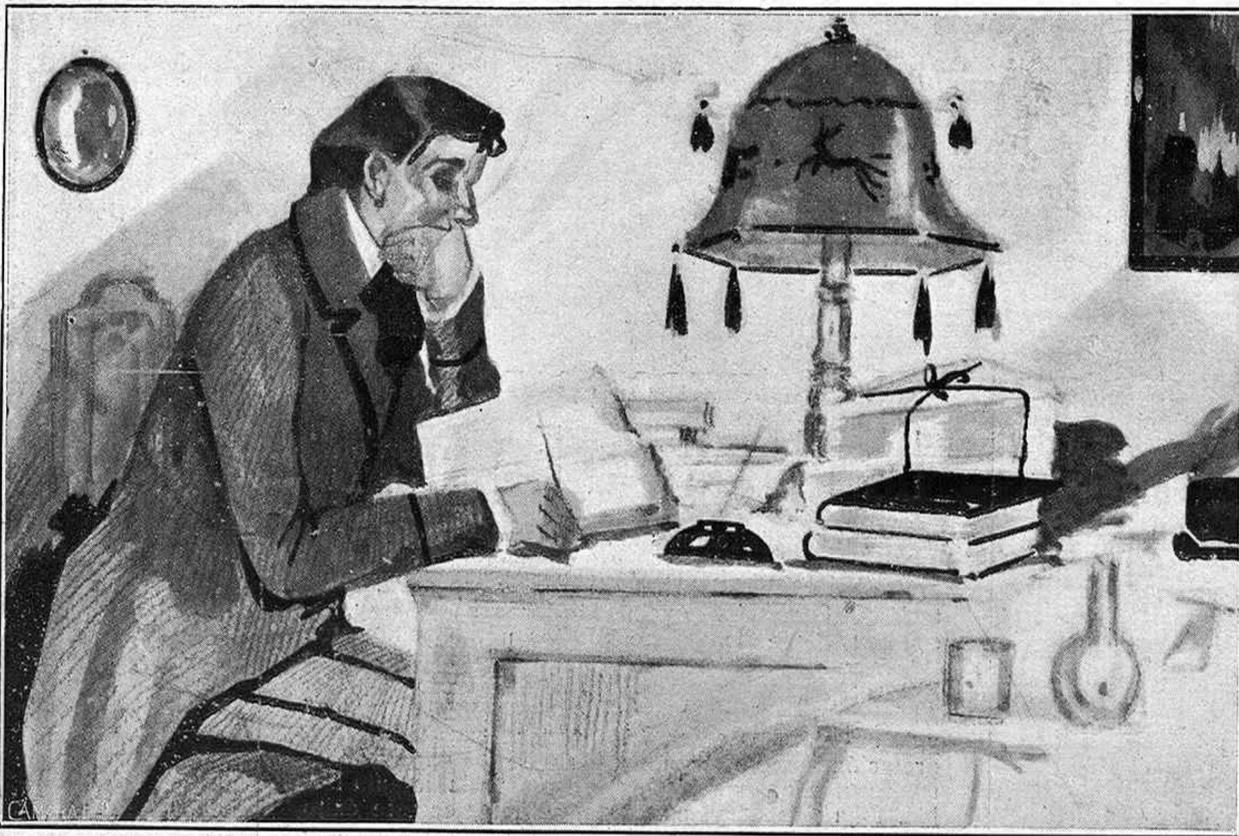
UNO de los éxitos más entusiastas de la actual temporada teatral es el que ha obtenido en el escenario del Infanta Isabel *La Pimpinela Escarlata*, adaptación de la popular novela de la baronesa de Orzy, hecha con admirable acierto por los notables literatos Federico Reparaz y Juan Ignacio Luca de Tena, que han teatralizado la obra con excelente instinto escénico. Al éxito rotundo de la obra, llena de interés, de belleza y de emoción, ha contribuido poderosamente la interpretación esmeradísima por parte de los valiosos elementos que integran el elenco artístico del Infanta Isabel. Y ha sido también importante factor en este éxito la presentación realmente lujosa de la obra, cuya riqueza en vestuario y decorado sirven para acreditar de un modo completo, si no lo estuviese ya, a una dirección artística. En todos los factores, en fin, que integran el éxito creciente de la obra—que llevará al Infanta Isabel á Madrid entero—se refleja el admirable instinto teatral de Arturo Serrano, á quien todos los años acompaña un rotundo triunfo escénico.

FOT. ALFONSO



VIDAS ESTÉRILES

Sí. La recordaba, á pesar del tiempo transcurrido. Además, no era tan viejo para perder hasta tal punto la memoria. Aquello había sido la aventura más interesante de sus años mozos. Verdad es que le reportó serios disgustos; pero en compensación, gracias á la aventurilla, se pudo detener al borde de un abismo. ¡Qué abismo, Señor!... Un precipicio espantoso con la muerte al final. ¡De buena se libró! Ahora, en la inviernada postrera, vislumbrando la próxima llegada de la pálida señora del blanco sudario, sin afectos y, por lógica consecuencia, sin familia, volvía á danzar en su imaginación la silueta gentil de la tenderita.



¿Qué habría sido de ella?... A lo mejor, se casaría con algún dependiente de quincalla y estarían establecidos. Quizá los negocios prósperos la convirtieran en una dama opulenta consagrada al hogar que formó. Tal vez el pecado llamara á las puertas de su corazón y en la actualidad morase en cualquier sordida manebía. ¿Y por qué no muerta?... La vida reserva dolorosas sorpresas. ¿Estaría rodeada de los suyos? ¿Quién sabe!... ¡Vaya que la recordaba!... Morena, con el pelo corto, á lo erizo, los ojos enormes, de pobladas pestañas, muy negros, muy brillantes, con los arcos de acero de las ojeras profundas... Ciertamente que él nunca la quiso; no podía quererla. Su amor fué para la otra, para la muñeca rubia que vino de los Andes con la nieve de las cumbres en su cuerpo divino, tan blanco como la leche y con el fuego de los volcanes de la endemoniada cordillera en su sangre de mujercita pasional.

¡La otra!... Sí que era bonita; sí que cautivaba... El la llamaba la nena de los ojos color de cielo, y la muñeca se reía halagada en su vanidad de niña que presente un misterio en las palabras del hombre. ¡Qué vergüenza!... ¡Enamorado de una chiquilla de diez años!... ¡Un crimen!... Pensándolo bien, no existía el delito. Cuando él se enamoró fué entonces, en la juventud; ahora sólo eran recuerdos, fantasmas de las cosas que se fueron para nunca volver. La nena de los ojos color de cielo ya sería una mujer, feliz ó desgraciada, pero una mujer... ¡Qué pronto se van los días!... Hoy, joven, alegre, con ilusiones; mañana, viejo, triste, con desengaños... El mundo no interrumpe su monótono girar, día y noche, luz y sombra; igual al vivir de los humanos, alegría y dolor, una cargada y una lágrima.

Dos mujeres se cruzaron en su senda, y por ellas sufrió lo indecible, soportó humillaciones, ofensas... ¡El, el altivo señor de Villasantos, descendiente de una estirpe gloriosa de nobles caballeros!... ¡Noble?... Sí. Nobles fueron sus antepasados; noble era él, por ser legítimo retoño del tronco venerable; noble su alma; noble su conducta... Y, sin embargo, para la gente, para la sociedad despótica de bastardos enriquecidos, sólo fué un pobre diablo encadenado á la miseria de la menguada soldada que echa el Estado á las manadas hambrientas de sus modestos servidores. Y después, en la vejez, el muy noble señor de Villasantos era un pobre jubilado á quien la Nación arrojaba mensualmente la limosna de unas monedas para hacer más larga su agonía.

¡Si él se atreviese!... Llenaría con su letra temblona centenares de cuartillas narrando su

vida oscura y callada; escribiría su historia, no para el vulgo, sino para la Nobleza, que sentiría orgullo al conocer la abnegación de un pobre diablo. ¡Locuras!... El no supo de grandezas porque antes de nacer alguien dilapidó la fortuna de los suyos, y nació humilde y vivió humilde y moriría, Dios sabe dónde, un día impenso, en un minuto cualquiera.

La silueta de la tenderita seguía danzando en su cerebro. ¿Carmen?... ¿Luisa?... Se llamaba, se llamaba... ¡Ah!... ¡Rosario!...

—¿Te convences, viejo?... ¡Es difícil recordar!...—se dijo á sí mismo.

Y cogió la pluma y preparó las cuartillas.

Imposible. El pulso negó obediencia á su voluntad. La pluma, oficiando de estilete, rasgaba el papel.

—¡Animo, viejo, adelante!... La mano vacila, pero el corazón aún está fuerte y la guiará.

Fracasó en todas las tentativas.

—¡Infeliz anciano, no puedes escribir! ¡Sólo puedes pensar!

Y pensando, pensando mucho, se quedó dormido.

Tak, tak, tak...

Le despertó el ruido. A intervalos sonaba un timbre.

—¡Si tuviese una máquina de escribir! Dando golpes secos en el teclado llenaría de letras claras las cuartillas y me reiría del pulso.

En la habitación inmediata á la suya, un comisionista despachaba su correspondencia utilizando una magnífica «Smith».

—¡Si quisiera cedérmela en los ratos que él no la necesite!

El compañero de hospedaje accedió gustoso á la petición del señor de Villasantos. Aquella misma noche la codiciada máquina pasó, cual joya valiosa, al cuarto del improvisado escritor.

Tak, tak, tak...

—¡Esto va bien!... ¿Y el título?... ¿Recuerdos de juventud?... ¿Memorias?... Lo moderno son novelitas alegres, con su poco de emoción y su algo de inmoralidad. Nada, viejo, tu historia no interesará á las muchachitas que bailan en el «Grill-Room» del «Palace»... ¿Y á los viejos?... ¡Tampoco!... Escribirás para ti, como afirman los escritores mentirosos... Pero tu vida la conoces minuto á minuto... No tienes parientes á quienes legar el rollo de papelotes... En cambio, si intentaras describir tus lejanas aventurillas de amor adaptadas á los tiempos de bailoteos absurdos y libertades censurables, tal vez construyeras una obra maestra al gusto de las rapazas que fuman cigarrillos turcos y beben licores verdes, amarillos y azules... ¿Vicio?... Esa palabra, ni nombrarla; ligeros pecados, escandalosos

«flirts», flores exóticas que nos trajo la Libertad... ¡Pues, adelante!... ¡No serás el primer viejo que escriba una novela sintiéndose joven!...

Tak, tak, tak...

—¡Me duelen los brazos!... ¿Lo comprendes, vejestorio?... Cuando te jubilaron fué porque no servías, porque ya diste el fruto de tu vida cenicienta en los cuarenta años de servicio activo...

Dolorido, sin esperanzas, falto de fe, abandonó la empresa. En silencio contempló la máquina, que parecía esperar la llegada de unas manos ágiles que la hicieran palpar tejiendo poemas y emotivas narraciones crueles. En aquella trabazón de palancas y muelles se escondía

el enigma del porvenir. Las ideas audaces, las arrogancias salvadoras, las divaciones luminosas, las fórmulas mercantiles, los pensamientos de los hombres que con sus egoísmos turban la paz de los pueblos ó lo convierten en invencibles, las profanas creencias futuras, el honor, la virtud, el delito... Allí estaba el cerebro mecánico que dejaría grabado con señales indelebiles, para asombro de las generaciones venideras, la frialdad de una generación que hacia mofa de sagradas leyendas de tiempos románticos cuando los hombres se mataban por una mujer, por una honra y por una bandera.

El señor de Villasantos cerró lo ojos por antojárselo la magnífica «Smith» sangriento instrumento de tortura. Después la cubrió con un paño negro. Y, libre del influjo de lo moderno, púsose á leer destrozados libros de hojas pajizas, místico legado de su santa madre.

—Al morir yo—le dijo en los días pretéritos de la niñez—, estos libros serán tus más fieles amigos; en ellos aprenderás los códigos del honor; por ellos conocerás los hechos gloriosos de los hombres que llevaron tu apellido, las leyendas sublimes de tu estirpe, el por qué de los símbolos de tus escudos, todo el árbol de los Villasantos limpio de injertos, libre del contagio de plantas rastreras...

Los deseos de la honorable dama fueron cumplidos exactamente por el caballero. Diríase que el señor de Villasantos, durante su obscura misión de funcionario público, había vivido una vida muy distinta á la callada y reverente en los cuartos fríos de inmundas hospederías. En la quietud del chamizo detestable que en suerte le cupo en la mayor parte de sus cobijos, su alma volaba en pos de soñados ideales, henchida de perdurable juventud y de justos afanes. En aquellas horas de voluntaria clausura la serena altivez de su raza se asomaba á las pupilas grises de ojos cansados en un último adiós á la magnificencia de las grandezas perdidas, en un último grito de rebeldía ante las ruinas de un blasón y ante los estremecimientos agónicos de una casta. Y allá, en el vil bostezar del Ministerio, convertido en ruedecilla insignificante de la irrisoria maquinaria burócrata, el señor de Villasantos era Villasantos á secas, un burdo jefe de negociado que discutía de toros, que comentaba con los lebreles subordinados la plasticidad de cierta danzadera.

Vivió dos vidas opuestas. Con el pensamiento fué digno descendiente de aquel arrogante marqués de Villasantos, su abuelo paterno, que en las postrimerías de un vivir honroso puso su patrimonio en el azar de una jugada de bolsa. Pero en la realidad descarnada de gusano

que sólo saboreó la hiel del infortunio, fué plebeyo, fué como los demás: un desgraciado esclavo de una nómina, con las botas rotas y siempre una sonrisa amarga en los labios.

Un año le suprimieron el *de* en el escalafón. A algún espíritu demócrata le ofendió la presunta nobleza del camarada y tomóse ridícula venganza. ¿Para qué reclamar?... Desde entonces, en sus tarjetas también se lo suprimió él. ¿José Antonio de Villasantos?... ¡Bah!... ¡José Villasantos! ¡Qué más da!

Por las mañanas, al llegar al Negociado, siempre había un compañero que le hiciese la acostumbrada invitación:

—Jefe: ¿se *casa* usted para el café?

Y el *casamiento*, que equivalía á tomar el humeante brevaie en comandita, se realizaba con todo el aparato que el caso exigía. El jefe rogaba á un ordenanza trajese el *moka* de un cercano cafetucho. Por cierto, el servicio sin cucharillas, porque en opinión del cafetero, solían perderse en el desbarajuste de expedientes acumulados sobre las mesas. Palilleros nuevecitos y hasta largas pipas de ámbar dudoso suplían á los útiles de metal blanco negados por el abastecedor del negro líquido.

—¡Suculento! — decía invariablemente un temporero acicalándose el mostacho.

—¡*Recuelo* detestable!—respondía otro algo chulapón.

Y Villasantos terciaba amistoso sonriendo paternal.

—Armonicemos, señores, armonicemos... El café no es bueno, aunque tampoco es malo; es

café burócrata, sin aroma exquisito, sin sabor definido... Pero humea y nos hace felices...

—¡Brutal, amigo don José! Es usted, pero que de verdad, castizo. ¡Olé, los tíos con jefatura!

—Señores: acabada nuestra humilde colación, el trabajo nos espera...—insinuaba el jefe con la timidez de un colegial.

—Mejor sería que nos esperase una rubia; por ejemplo, la estanquera de la esquina. ¿Le hace, don José de mi alma?

—¿Quién habla de tabaco? ¿Hay un *pito* para este desgraciado padre de familia? —gritaba desde un rincón un hombrecillo que lucía manguitos de sarga verde.

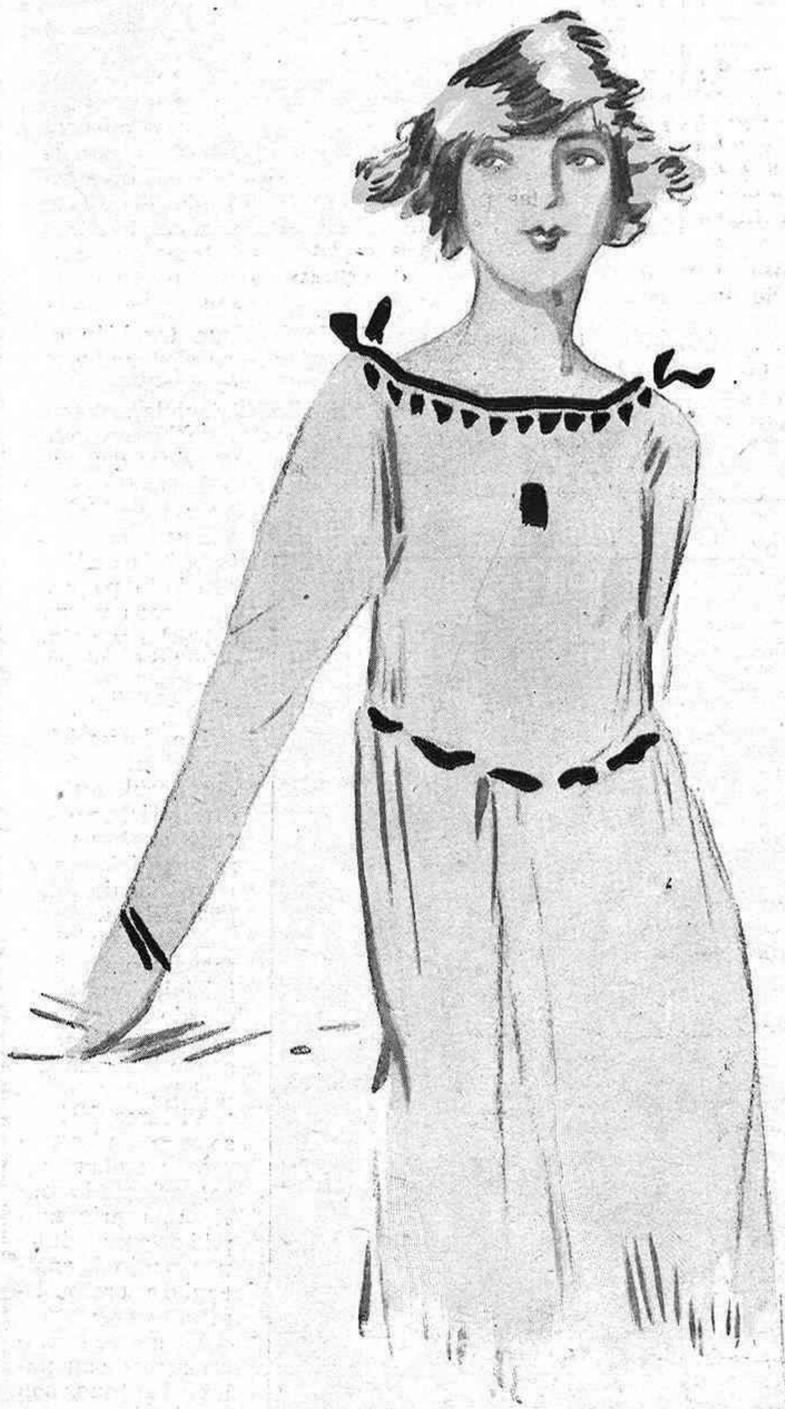
—Señores, orden...

—Eso; orden... del día: se trabajará con toda la pereza posible para dar el menor rendimiento.

—Amén.

—Por todos los siglos de los siglos...

Y la pléyade oficinesca



inauguraba la labor matinal entre voces, chistes y obscenidades.

Los libros maltrechos del legado materno le adormecían. Las páginas amarillentas, con grabados en tricolor, dulcificaban las asperezas de su carácter, tornado huracán en la senectud. Eran brevariarios sanos, alentadores y persuasivos. José Antonio de Villasantos llegó á considerar su lectura como un cauterio purificador. Cuando le jubilaron, al cumplir los sesenta y cinco años, se retiró á la calma de una provincia aletargada. Su existencia se metodizó aún más. Escuchaba, devoto, la diaria misa en la catedral legendaria, que destaca orgullosa sus torres caladas en el fondo violeta del amanecer. Escondíase por las tardes en las glorietas de floridos jardines, donde rapa-

ces y muñecas jugaban ebrios de alegría. Y con frecuencia, las risas y canciones de los niños le hacían llorar, como si fueran reproches á la vida estéril, como si fueran saetas que le desgarrasen el pecho buscando el corazón.

Las provincias dormidas, lejos de lenitivos, son ofertorios de recuerdos para las almas atormentadas. Ellas nos obligan á juzgar severamente nuestro pasado, á enorgullecernos de lejanos éxitos y á mortificarnos con las sombras de esterilidades imperdonables. Más que provincias dormidas son pueblos que viven del recuerdo.

En el voluntario retiro, el señor de Villasantos había concebido la desgraciada idea de escribir sus Memorias. Sólo un instante se consideró fracasado en la ardua empresa. Con rabia contenida, arrojó de sí los libretos de la herencia materna, y con la tenacidad de los viejos destapó la magnífica máquina, y sus dedos esqueléticos y céreos volvieron á golpear el reluciente teclado.

Tak, tak, tak...

ooo

—¡D. José!... ¿No se acuesta usted esta noche?...

Era la voz bronca de la patrona que pedía explicación de aquella anomalía en el vivir monótono del anciano.

—Estoy escribiendo mi vida...—respondió el viejo.

—¿Su vida?...

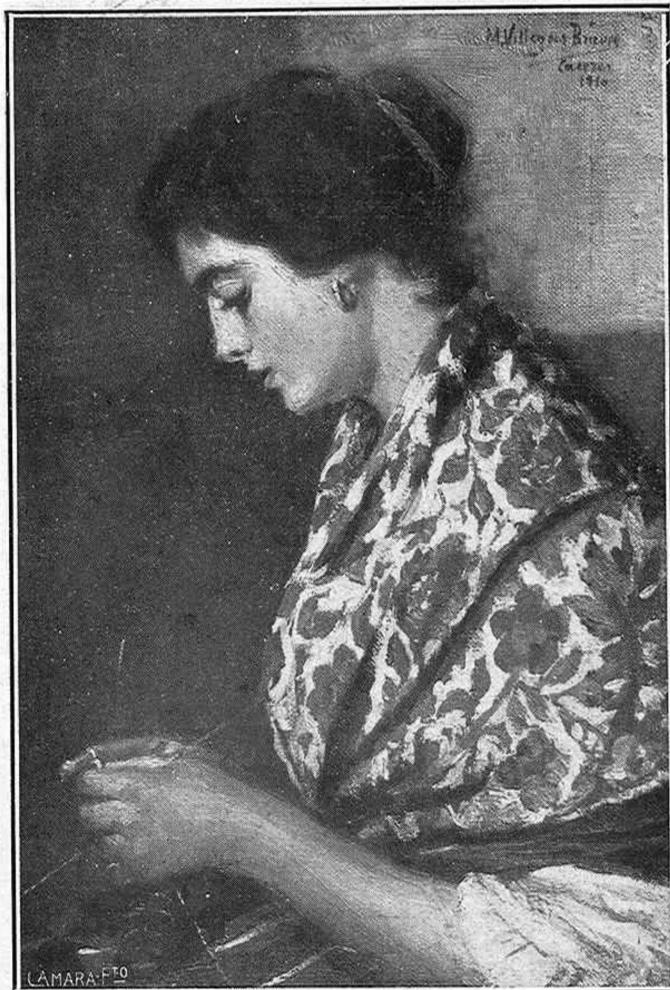
—Sí... ¡Una vida estéril!

GLORIA DE SAN TELMO

DIBUJOS DE OCHOA

VIDA ARTÍSTICA

EXPOSICIÓN VILLEGAS BRIEVA



«Muchacha de Monte Mayor»



DON MANUEL VILLEGAS BRIEVA
Ilustre artista que celebra una exposición en el Salón Permanente del Círculo de Bellas Artes
FOT. CALVACHE



«Una gitana»

los cuadros de composición, ó el retrato, que constituye hoy día el tema productivo de los artistas españoles, se ha especializado en la figura femenina y en el arte decorativo.

Repasando su obra, vemos gran número de cuadros donde la mujer es el motivo encantador y la finalidad única: andaluzas de gitanesco indumento ó envuelta la cara morena en la mantilla de blonda; ensotanas con sus túnicas verdes y sus golas rizadas; adolescentes que evocan vírgenes prerrafaelistas ó frescas juvenilas del Renacimiento italiano. Y al mismo tiempo arabescos de gracioso ritmo, temas de decoración clásica ó moderna, alegres armonías cromáticas que pueden ser llevadas á las artes aplicadas con toda integridad de propósito y de resultado.

EN el Salón del Círculo de Bellas Artes ha substituído á los esplendores cerámicos de los artistas toledanos María Villalba y Sebastián Aguado un conjunto de obras pictóricas de Manuel Villegas Brieva.

Villegas Brieva tiene bien definida su personalidad en lo largo de las Exposiciones Nacionales, donde nunca faltan sus envíos y donde obtuvo primera medalla el año 1912, por unos «panneaux» decorativos referentes á las estaciones. Antes había logrado diversas recompensas y simultaneaba ya su producción personal con la enseñanza de las bellas artes. Culto y capacitado por una preparación intelectual bien disciplinada, forma parte de Juntas y Comisiones artísticas, y es autor de varios ensayos de carácter estético.

Al hacer su exposición actual, guía á Villegas Brieva el propósito de resumir en ella todas las características de su temperamento, las fases múltiples de su estilo, afrontar la crítica ajena con sinceridad laudable.

El notable pintor, sin abandonar

Siempre Villegas Brieva prefirió la pincelada amplia, la impresión repentina, el modelado fácil y espontáneo. No es de esos pintores que se obstinan sobre sí mismos y agotan la inspiración primera con sucesivos retoques. No. Sus cuadros dan, por el contrario, la sensación de una impaciencia agradable, de un colorido que

no desea ser rectificado. Fusiona también con sutil experiencia la realidad con el ensueño. Sin perder sus cualidades de contemplador de la realidad, persigue fines idealistas, la elevación de la vida cotidiana más allá de los episodios vulgares, de los tipos representativos demasiado al alcance del arte. Por lo tanto, debe

ser considerado Villegas como un tradicionalista acuciado por las modernas normas del color y del espíritu pictóricos.

□□□

La Exposición actual en el Salón del Círculo ratifica cumplidamente todo cuanto venimos diciendo á propósito de Villegas Brieva.

Es, además, el momento, no ya inicial, sino definido, de lo que pudiéramos llamar segunda época del artista.

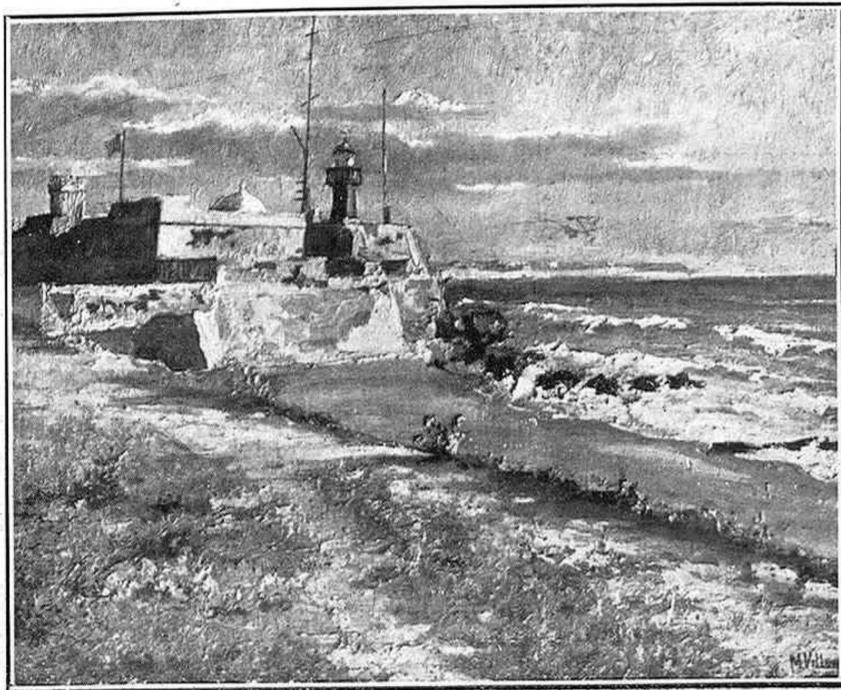
Villegas Brieva se muestra francamente, audazmente, orientado hacia una más amplia emotividad por medio de exaltados cromatismos.

El negro desaparece de su paleta; los tonos son empleados con toda rutilancia y pureza. La teoría de los complementarios se practica

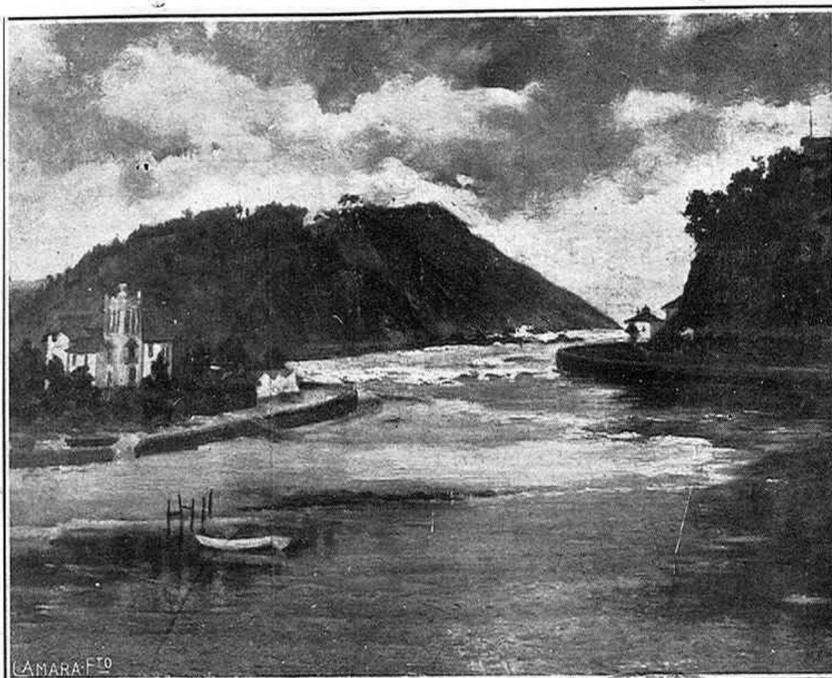


«Una corda», Figueira da Foz (Portugal)

FOTS. ZAPATA



«Castillo de Santa Catalina», Figueira da Foz



«Entrada del puerto de Ribadesella»

é incluso se aumenta con nuevos acordes de gran brillantez. En este sentido, lo que mejor expresa el estilo presente de Villegas Brieva son sus notas y paisajes de Portugal y de Asturias.

Claro es que encontramos en la Exposición del Círculo cuadros de ayer, tanto en su exactitud cronológica como en la similitud ideológica y técnica. Mocitas andaluzas, gitanas pintureras, vírgenes y doncellas de un romanticismo claro y dulce. También retratos de aguda psicología que no excluye la manera ágil repentizante del notable artista.

Pero es precisamente en sus paisajes asturianos y portugueses, en la escena de campesinos y pescadores, donde la simpática orientación actual de Manuel Villegas Brieva nos parece concretada.

La mayoría de estas obras reproducen escenas, ambientes y figuras de playas portuguesas. La chillonería de las ropas se armoniza al ser trasladada por el artista á sus cartones. Vibran exultantes, rutilantes, en un audaz júbilo de tonos enteros y puros, los azules, los amarillos, los rojos, los verdes. Valientemente se valoran estas formas, que flamean con brío de esmaltes en los fondos cerúleos, esmeraldinos y áureos del cielo, el mar y la arena. Conociendo las preferencias capacitadas del autor, no es aventurado suponer que el día de maña-

na estas notas de playas y pescadores portugueses formen parte de un gran friso decorativo.

En cuanto á los paisajes asturianos, la sensibilidad de Villegas Brieva se muestra igual-

mente certera. Ya no hace falta ese esplendor cromático de las playas del Sur ibérico en los días tórridos.

La luz purísima de Asturias, sus grises incomparables, la ternura infinita de su ambiente exigen un concepto distinto del color y de la emoción.



Cierto que sus verdes ubérrimos sostienen el registro agudo; cierto que los cendales de bruma no amortiguan del todo las ondas azules del Cantábrico, y cierto que las techumbres de algunas quintanas son de un rojo vibrador contra la austera majestad de los cerros astures; pero, no obstante, Asturias exige siempre una interpretación melancólicamente sutil, suavemente apasionada.

Así la encontramos en ciertos paisajes de los expuestos por Villegas Brieva. Interpretaciones afortunadas de celajes y de lejanías, «anécdotas luminosas» de gran delicadeza.

Citemos, por ejemplo, la *Entrada del puerto de Ribadesella* y el *Puente de Cangas de Ons*.

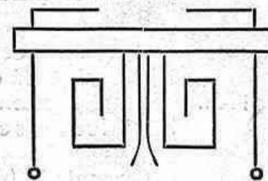
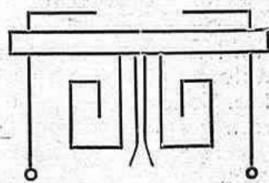
Así, pues, la Exposición del Sr. Villegas Brieva ha venido á demostrar cómo se trata de un pintor deseoso de no estacionarse ni fosilizarse dentro de sus hallazgos anteriores, sino el propósito de ir paralelo á la época presente.

SILVIO LAGO

FOTS. ZAPATA



«Camarera»



ARTE HISPANOAMERICANO

Una orientación tradicionalista en la nueva Escuela Chilena

A pesar de nuestro distanciamiento incalificable de la América hispana, cada día llegan hasta nosotros nuevas manifestaciones del desarrollo artístico de esos países, en donde no debimos dejar que se apagara jamás el fuego de nuestra influencia ni que manos extrañas aventaran las raíces de nuestra tradición.

No hay año en que las revistas parisienses de Arte no anuncien el triunfo de algunos artistas hispanoamericanos, especialmente chilenos, quienes, con el escultor Nicanor Plaza y el pintor Valenzuela Llanos, han llegado á alcanzar segundas medallas del Salón Oficial, distinción equivalente á una primera, tratándose de extranjeros y del fuerte espíritu exclusivista francés. La escuela francesa ha tenido honda influencia en la pintura chilena, orientada desde hace medio siglo hacia París, por sus pensionados, sus maestros franceses y el gusto de sus clases adineradas educadas en Francia.

Pero de algún tiempo á esta parte, la nueva generación de artistas chilenos empieza á mirar hacia España su verdadera y natural tradición artística. Este movimiento culminó hace poco con la inteligente y patriótica actuación del maestro Alvarez de Sotomayor, que, como se sabe, fué director de la Escuela de Bellas Artes de Santiago de Chile, y supo suscitar y dirigir la tendencia españolista que se manifiesta desde entonces brillante y definitiva en los salones chilenos.

El Sr. Alvarez tuvo el sutil acierto de soplar la chispa atávica que dormía en el fondo del espíritu artístico chileno. Es de notar que, sin contacto alguno con nuestros maestros, ese arte había tenido ya reminiscencias ancestrales de nuestra escuela en maestros como Juan Fran-



«El toqui», escultura del artista chileno Fernando Thauby

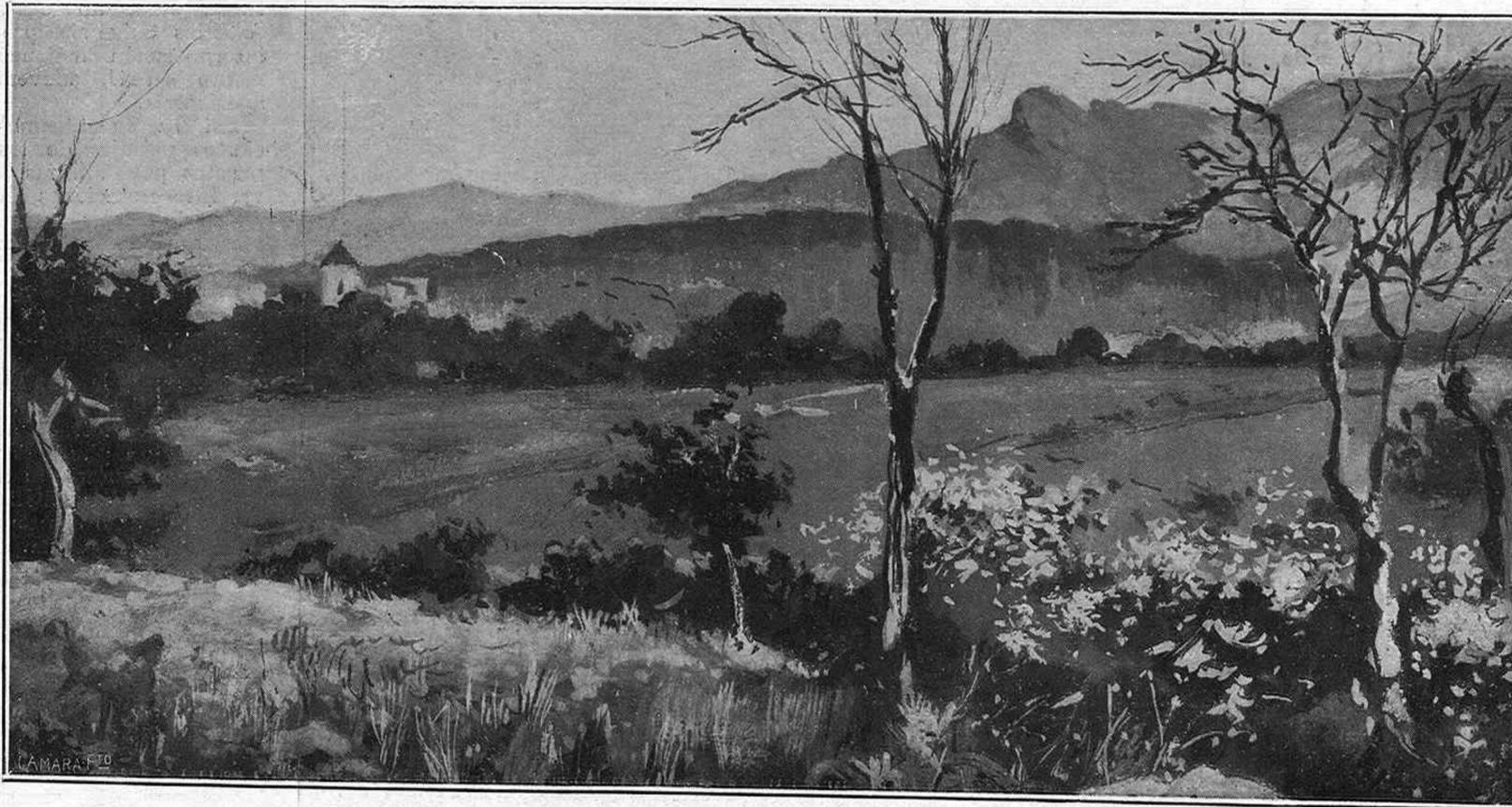
cisco González, el mago del color; Benito Rebolledo Correa, un genio nativo casi sin pulir y, sin duda, el más original y vigoroso de los pintores hispanoamericanos; Lobos, el joven artista que alcanzó á llegar hasta Madrid (en donde murió hace pocos años) en demanda de ese soplo de la raza que él había presentado pintando en Chile telas que parecen pedazos de tierra andaluza, todos de un corte español clásico apenas modificado por la originalidad derivada de la maravillosa naturaleza ambiente.

Cosa análoga ocurre en la Escultura, en la cual se hace difícil hacer clasificaciones definidas y señalar influencias á través del vigoroso toque que la raza y la tierra, nuevas, imprimen á los viejos moldes.

De ello puede juzgarse, aproximadamente, por la obra que reproduce el grabado, y en la cual un «toqui» ó caudillo araucano se defiende contra un enemigo invisible, con todo el esfuerzo de su recia musculatura. Su autor es el escultor Fernando Thauby, verdadero «adelantado» de la nueva generación, que parece haber asumido el papel de plasmador de las gestas de la raza aborigen de Chile, los famosos araucanos de la leyenda heroica de la conquista española. La crítica ha consagrado ya sus anteriores trabajos «El indio y el puma», «El Scout», etc., y en estos momentos, á juzgar por nuestros canjes, elogia abiertamente el último de ellos, «El Pueblo», de briosa ejecución y honda emotividad.

De desear es que la labor de nuestros artistas, cordialmente recibidos por los públicos hispanoamericanos y la venida de pensionados hispanoamericanos, que nuestro Gobierno debería fomentar, alienten estos síntomas de penetración espiritual, que son una valiosa promesa.—M.

LIENZOS CASTELLANOS FRÍO



¡Qué solo está el campo!
¡Qué gris está el cielo!
¡Cómo amarillean en el desolado llano los barbechos!

¡Arrecia la helada!
¡Qué erudo el invierno!
¡Qué frías agitan sus ramas desnudas los álamos negros!

Se quejan los pájaros con débil gorjeo.

Los vediles laten de un clamor humilde de balidos trémulos.

Llora y se estremece sobre el llano el viento, y óyense confusos en las lejanías aullidos de perros.

La luz, triste y pálida, va desfalleciendo. La noche se acuesta callada y obscura sobre el campo germo...

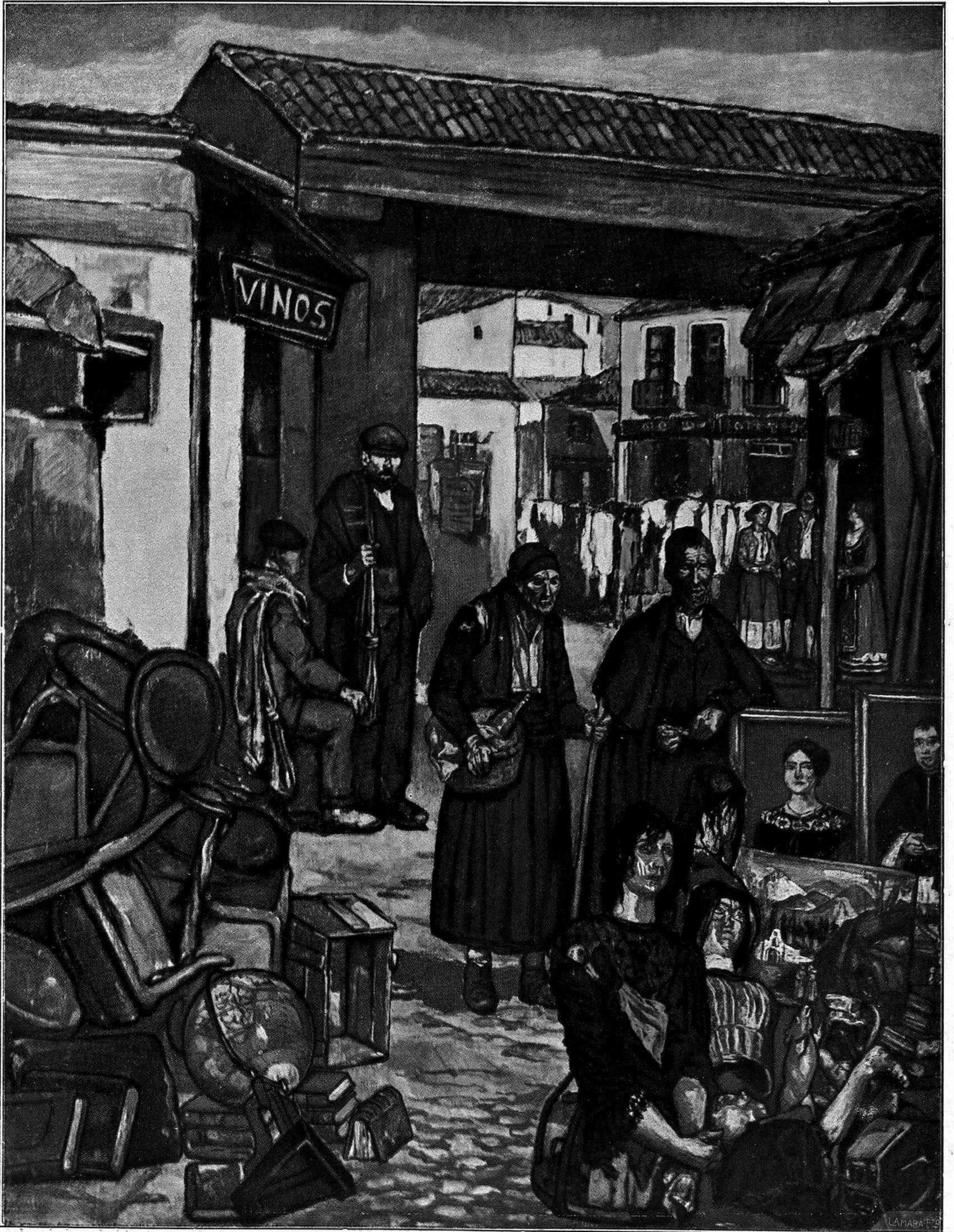
Ni una voz, ni un trino, ni un balido trémulo. Todo silencioso y aterido. Todo pavoroso y negro...

Y lúgubres llegan, sobre el gran silencio, los ecos de roncadas campanas lejanas que tocan á muerto...

Alberto DALERO MARTÍN

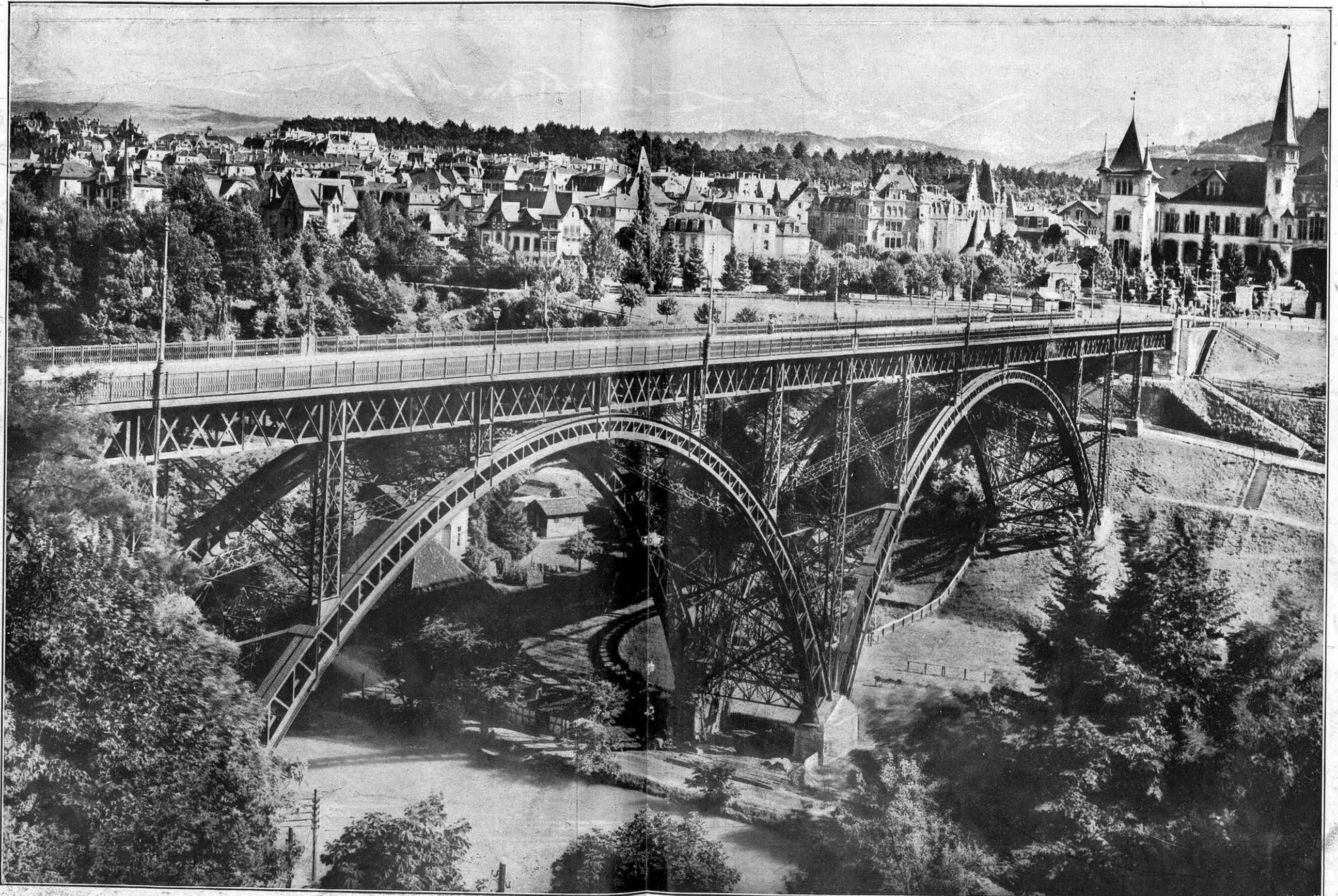
DIBUJO DE VERDUGO LANDI

LA ESFERA
RINCONES MADRILEÑOS



EL RASTRO, cuadro original de José Solana

LAS GRANDES CIUDADES EUROPEAS

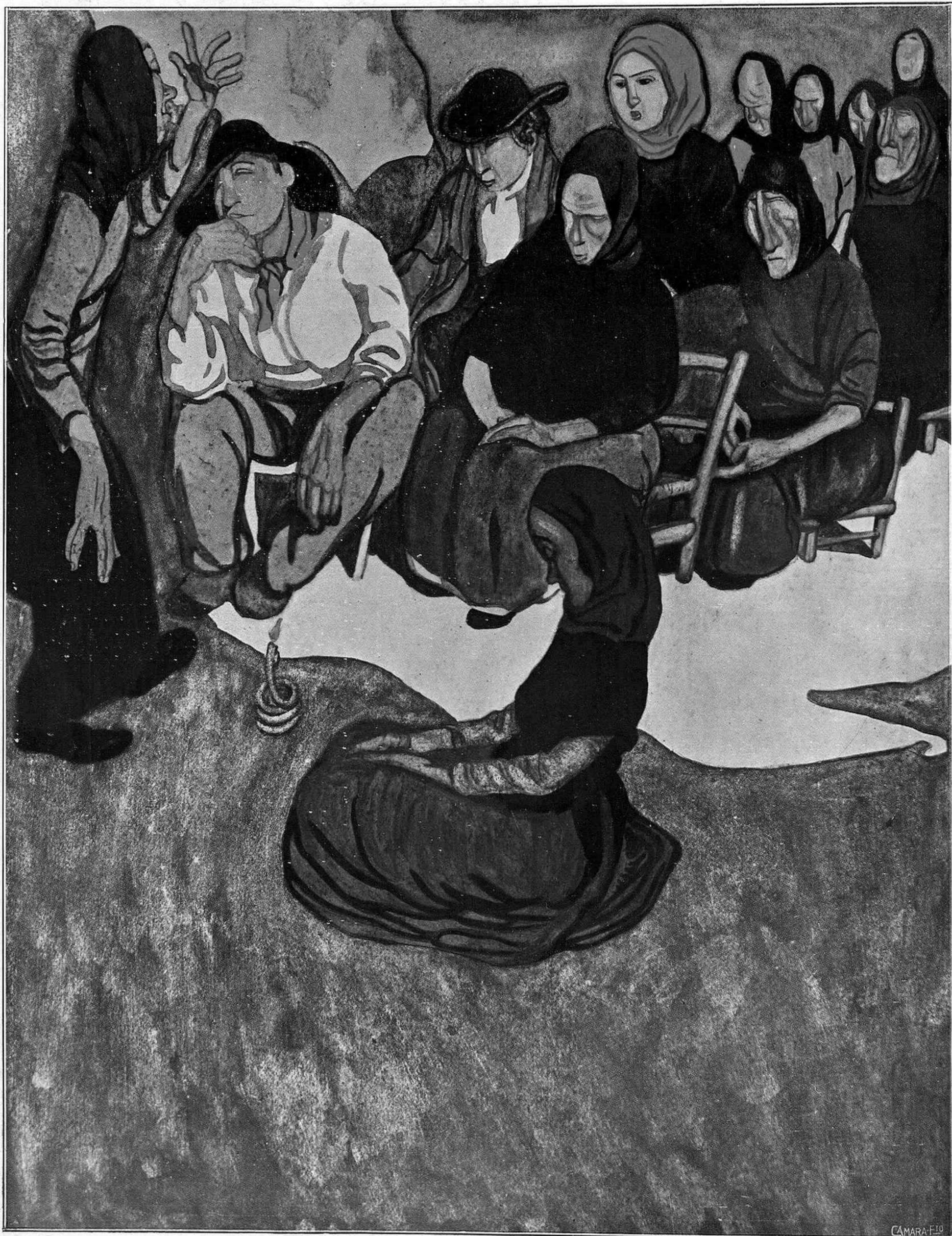


Vista general de Berna, capital de Suiza, y donde residen las autoridades federales de la Confederación. A la derecha, el Museo Histórico, y en el fondo la imponente masa de los Alpes suizos

LAMARCA

LA ESFERA

HORAS PUEBLERINAS



LA CONSEJA, dibujo original de Angel Cerezo Vallejo

CAMARA FID

(FRAGMENTO DE UN EPISTOLARIO)

BUENAS noches, amigo mío. Estoy sola. Ya no se oyen pasos en los corredores del hotel y ha dejado de bordonear el ascensor. Todavía, para tranquilizarme, fumo un cigarrillo. Por fin, abro las persianas...

«La luna invade mi cuarto, tiende su escala desde el disco, velado entre las chimeneas de una casa próxima. Vamos, amigo mío, atrevase a subir por esa escala, y que le guíe el perfume de las rosas.»

«Mi ventana, señor, da al siglo XVIII. En la plaza de caserones modernizados, uno avanza como un biombo que defendiese su secreto galante. Imagínese una fachada con estucos que imitan porcelanas ó mármoles y con balcones pequeños de balaustres que recuerdan las blancas pantorrillas de los marqueses de casacón y peluca.»

«Una hornacina azul con la imagen de María Inmaculada, y alrededor grecas, conchas, frutos y figuras alegóricas, todo en relieve y con una abundancia desbordante. Debajo, el portalón, con su verja de hierro y sus maderas, en que refulgen las aldabas de bronce amarillo, á usanza señorial del país.»

«Y hay dos gigantones de alabastro empotrados en la pared, desnudos y en escorzo, que guardan la entrada y sostienen los atributos de arriba. La piedra se hizo acubar con el tiempo, menos en los cráneos, los hombros y las rodillas de entrambos simétricos colosos, en donde suele azotar la lluvia.»

«Parece el palacio un mueble con molduras rococo; el biombo, ó una caja de música de Gluck, ó una litera abandonada por el caballero Des Grieux...»

«¡Dios mío! ¡Si el caballero Des Grieux se apareciese de repente! Me sorprendería en bata y con chinelas, ya sin las medias, recogidos los cabellos... Y á propósito. Voy á revelarle una cosa que no sabe. ¿Se acuerda una vez que le telefoneé, y que usted se enfadó porque me encontraba fría, adusta, casi agresiva? ¡Oh, clarividencia de los hombres! Tuve el capricho de hablarle al acostarme, saboreando aquella intimidad que usted no podía suponer, mientras sus palabras rabiosas azotaban mi garganta desnuda...»

«Estoy loca; no crea nada de lo que acabo de decirle. Confesarlo sería peor que haberlo realizado. Estoy loca. Es que se respira esta noche en este rincón valenciano la misma embriaguez de aquellas tierras italianas en que carecen de responsabilidad las mujeres.»

«Silencio. Suenan las campanadas de un reloj de torre. ¡Precioso! Da escalofríos. Muy en carácter. Contestan cerca y lejos otras esquilas. Oiga la catedral con su zumbido...»

«Únicamente mi palacio encantado no suena; él, que sería un magnífico péndulo en una cornucopia... Conque he cogido una rosa y asomándome á la ventana, arranqué y dejé caer hasta doce pétalos, y así marcó su hora el palacete.»

«Su hora y la mía, señor. Buenas noches.»

«Alicia.»

Por la copia,
FEDERICO GARCIA SANCHIZ



Portada del palacio del marqués de Dos Aguas



GUSTAVO SÁNCHEZ GALARRAGA

Ilustre poeta cubano que ha pasado una temporada en Madrid, y que ha dado en el Ateneo una lectura de sus poesías, siendo muy elogiado por el público y por la crítica

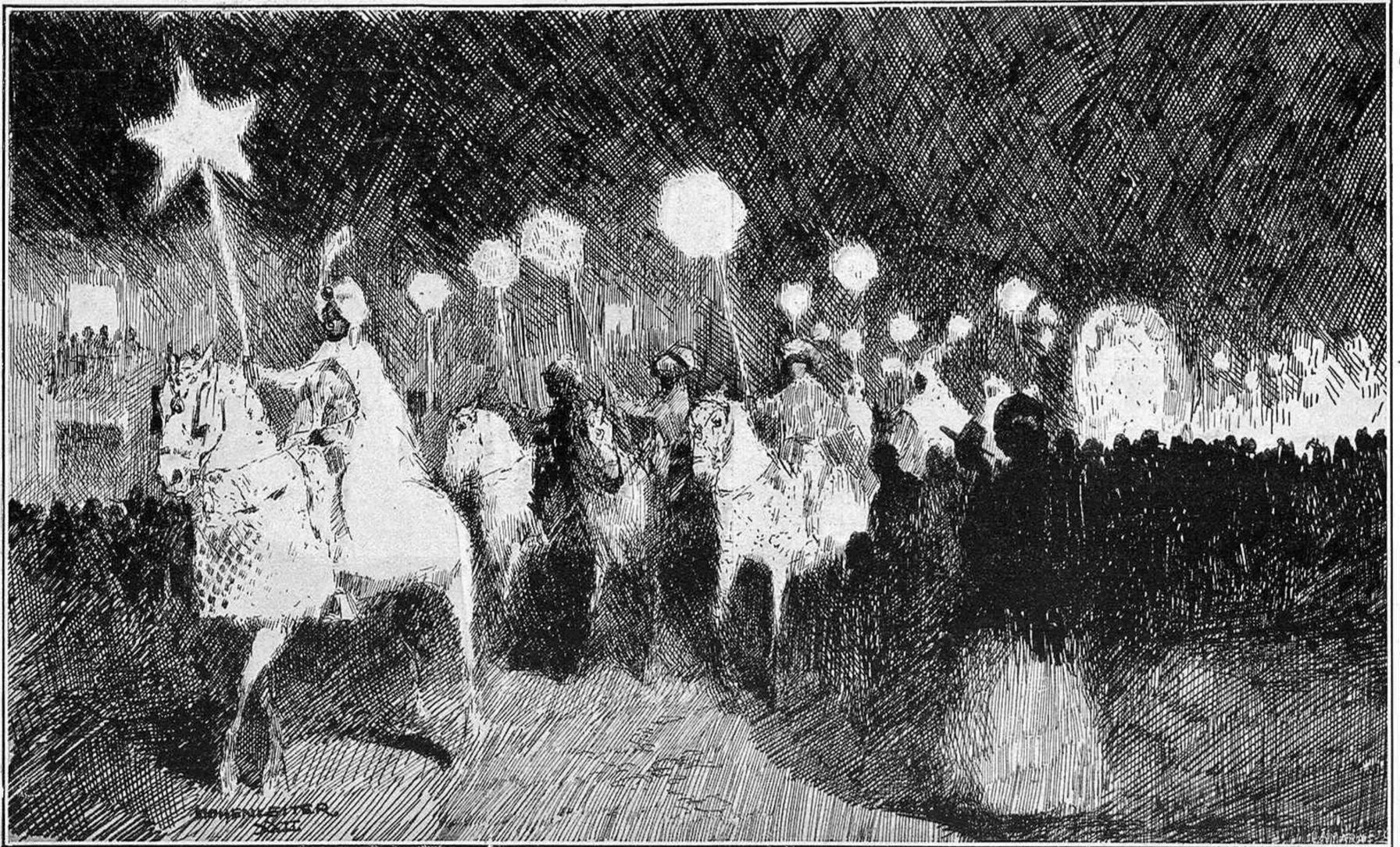
A MI PADRE

¡Padre mío! ¡Mi padre! Yo sé cuánto te in- yo entonaré las voces de una tierna poesía,
[quieta bajo el ala de sombra de mi melancolía...
que el fruto de tu sangre te naciera poeta.
Porque desde la cumbre de tu positivismo
lo has visto sobre el polvo rodar con su idea-
[lismo,
con sus sueños azules, sus bellas ilusiones
y la divina fiebre de sus exaltaciones.
Y ante el arrullo suave de mi amoroso canto,
volará tu fatiga, dormirá tu quebranto,
y cualquier agrio dejo de dolor ó amargura
se diluirá en la copa de la Belleza pura,
porque yo sé que ocultas—cual reptiles en
[frondas—
van en ti penas mudas y tristezas muy hondas.
Ajeno á todo espíritu de ensueño ó de le-
[yenda,
sobre la tierra dura fuiste á plantar tu tienda.
Mi pensamiento loco siempre vagó al acaso.
Tu pensamiento grave jamás montó á Pegaso.
Y aunque matar al monstruo de la Quimera
[es triste,
lo que yo nunca supe, ¡qué bien tú lo supiste!...
Tú eres la Esfinge grave, burilada en gra-
[nito,
y yo la garza etérea que vuela á lo infinito.
Perdona si me aqueja la sed de las escalas.
Perdona si el Ensueño puso en mis hombros
[alas.
¡Padre mío! ¡Mi padre! ¡Yo sé cuánto te in-
[quieta
que el fruto de tu sangre te naciera poeta!...

Ya que mi frágil hombro nunca partió tu
[carga,
ni te alivió en la brega, tan áspera y tan larga,
cuando anheles un poco de ternura y descanso,
en ese instante dulce, consolador y manso,

Gustavo SÁNCHEZ GALARRAGA

LA CABALGATA DE LA ILUSIÓN



CADA año organiza el Ateneo de Sevilla con más puras ilusiones su Cabalgata de la Ilusión, y cada año el pueblo premia con más significativos encomios esta obra tan popular y tan caritativa.

En la docta Casa se remueven los ánimos en esta época pascual, de tan vehemente manera, que los socios jóvenes se tornan más enardecidos de entusiasmos, y los viejos más llenos de juventud.

El milagro es de la fiesta, que se prepara en honor de los niños; de los acomodados que ven pasar la Cabalgata como una imagen de su exaltada fantasía; de los desvalidos que de ella reciben los juguetes, riqueza de sus esperanzas y sus anhelos.

Todos unos: los ancianos y los jóvenes, los encanecidos en la ciencia y los sabios del porvenir; los maestros y los estudiantes; los opulentos y los pobres hijos de familia que con apuros abonan la mensualidad, se prestan con el más decidido empeño á sumar su concurso á tan simpática y meritoria obra, y quiénes se emplean en la ordenación de los juguetes que han de ser repartidos en los asilos y escuelas, quiénes se preparan para el pasajero ejercicio de la más peregrina majestad, mientras unos proyectan vistosos exornos para la Comitiva y otros realizan todos sus esfuerzos para organizarla.

Y el pueblo todo, ya con sus regalos y donativos, ya con su presencia, ayudando económicamente al feliz resultado del benéfico propósito ó imprimiendo á la fiesta todo su espíritu de alegría y de ingenuidad, contribuye á que cada año sea más fastuosa y sugestiva la ideal Ca-

balgata y á que se extiendan aún más las glorias de sus sencillos dones.

Durante muchos días Sevilla entera tiene recogida su atención en el donoso espectáculo; el Ateneo suspende sus conferencias para disponer de todas las estancias de la casa, trocándolas en almacenes de juguetes y golosinas; y la concurrencia de donantes es de un consolador sin cesar.

Llegado el día del ideal peregrino, la gente se echa á la calle como en los más populares y deseados de fiestas, y en las que cruza la Cabalgata se agolpa y aglomera. Y es de ver á los padres, más niños que sus niños, dar muestras de la más sana ó infantil alegría, esperando el paso de la brillante é iluminada Comitiva para elevar sobre sus pechos á sus pequeñas criaturas á fin de que puedan gozar mejor de la hermosura y realidad del espectáculo encantador; y es de ver á los pequeñuelos, todos ojos para ver, escapárseles el alma por la mirada curiosa y

centelleante, y la alegría por los labios movidos en exclamaciones exaltadas.

En el atardecer se organiza la Comitiva en la plaza de toros y se pone en marcha al toque de oraciones, cuando las sombras comienzan á esfumar los contornos y las estrellas á brillar en el cielo. Y entre el inmenso gentío aparece fulgurante la de los magos señalando á la Cabalgata la victoriosa ruta de su caminar. Y se ponen en marcha los heraldos con sus ricas dalmáticas y sus lujosas banderas; y los vistosos Reyes, rodeados de sus servidumbres, jinetes sobre caballos ágiles; y las músicas de tambores y clarines; y los asnillos y las carretas engalanados, portadores de los juguetes de la gloriosa Ilusión. Y todo ello entre luces de bengalas y cohetes de los más vivos fulgores y de los destellos más deslumbrantes; entre las aclamaciones del público radiante de entusiasmo; entre las lágrimas de muchos hombres de corazón y entre el regocijo de la chiquillería, que es como

una bendición de los cielos. Y la Cabalgata pasa, dejando en los Asilos las prendas de los amores de todos, y al alejarse, envuelta entre sus llamaradas y músicas, como una estela de fulguraciones y armonías, motivos del más dulce ensueño y de la realidad más idealizada. Realidad que ha enternecido y ablandado los duros, por viejos, corazones de los hombres, y llenando la fantasía de las criaturas de las más inefables idealidades.

Bendita Ilusión que unos hombres buenos hicieron tangible por el milagro de un puro y desinteresado amor.

EPÍLOGO DE LOS REYES

(SONETO CON ESTRAMBOTE)

Cuando se contemplaba la agonía
de una vejez al término de imperios,
repudiada por fin la hegemonía
que cae al tajo de los improperios;

cuando en la sombra la Falaz ponía
el manto, á la Verdad, de los misterios,
puso lo Ignoto fin á la atonía
con el sudario de los cementerios.

Al calor del hogar cuenta la vieja:
«Noche de Enero, hoy; los Reyes vienen.»
Teje sus hilos áureos la conseja.

Con el cuento los hijos se entretienen;
pero el Tiempo ha ya roto la madeja
de los ensueños, que los sueños tienen

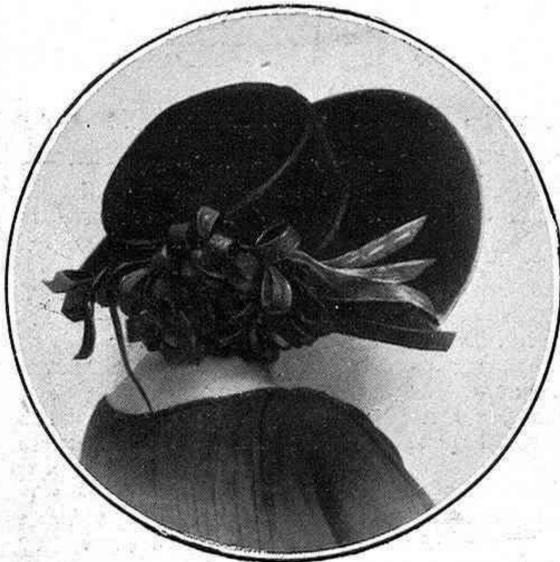
la virtud de fingir vanas quimeras.
¡También con la Ilusión se hacen hogueras!

Eduardo M. del PORTILLO

J. MUÑOZ SAN ROMÁN

DIBUJO DE HOHENLEITER

LA MODA FEMENINA



Del Epistolario de una mujer sentimental
Paris, Enero de 1923.

FELIZ Año Nuevo, amigo mío! Algo retrasado va á llegarle mi saludo y la expresión de mis buenos deseos; pero un catarro, que me ha obligado á guardar cama, ha demorado mi correspondencia. Ello no obstante, quiero preludivar mi carta con la felicitación convencional de costumbre. No sé por qué temo que de no formular yo mis votos de este modo podría sobrevenirle alguna desgracia. Por eso lo he hecho, exponiéndome á que añada usted el calificativo de supersticiosa á la ya interminable lista de mis defectos. Pero no quiero volver á nuestro pasado de incomprensión y sí darle las gracias por su carta y su recuerdo. ¿Cómo desde ese retiro ha logrado usted hacer llegar á mi poder lo más nuevo, lo más *ki-ki* y lo que más gusto podía proporcionarme? ¿Cómo siendo un ermitaño ha conseguido usted adivinar que no hay hoy en día en París mujer alguna que se precie de elegante que no tenga sobre su mesa de escribir dos candeleros de cristal de color como los que me ha enviado, y..., sobre todo, ¿por qué arte de encantamiento ha sabido usted que el único tono que podía armonizar con mis muebles era el ámbar iridiscente que ha elegido usted?

Tanta casualidad ha llegado incluso á hacerme sospechar si habrá alguna persona que le dé parte de lo que yo hago, digo y pienso.

Pero no. No puede ser. El único que sabía que yo tenía el capricho de poseer unos candeleros como estos era Gerald, y las precipitaciones del viaje le impidieron obsequiarme con ellos, como había pensado.

Me pregunta usted que cómo ha empezado el 1923 para mí. ¿Quiere usted que le sea absolutamente franca? Pues bien: el término de este año no me ha otorgado la más leve inquietud ni hecho experimentar la menor sensación. Esto no deja de preocuparme, porque es la primera vez que me sucede. En otras ocasiones, el 31 de Diciembre y el 1.º de Enero han sido fechas de verdadero relieve en mi vida espiritual, y me han proporcionado unas alternativas de ilusión y depresión que yo juzgaba como muy saludables para el alma.

Sentía remordimientos por las culpas pasadas; formaba resoluciones para el porvenir, y ello me colocaba, á mi juicio, á una considerable altura sobre el resto de los mortales, que no eran capaces de sentir igual exaltación. Este



Cuatro sombreros de gran novedad y un vestido de noche sencillo y elegante, hecho de raso negro, sin más adorno que el gran broche de la cintura FOTS. RAHMA



año no me ha ocurrido lo mismo, y me hallo, por lo tanto, al nivel de la mayoría. ¿Será que soy superior ó inferior á lo que era?

Las únicas resoluciones que he tomado, y que ni siquiera tienen carácter de tales, porque no han de costarme el menor esfuerzo, son: escribir á Gerald en todos los correos y afianzar la amistad que tengo con usted.

Por lo menos, nadie podrá decir que he sido egoísta. Ambas cosas tienden á hacerme pensar en el prójimo y á amarle más de día en día, como nos está mandado.

Sin embargo, como no quiero que se forme usted una idea errónea por demasiado halagüeña á mi propósito, le confesaré que también he pensado un poquitín en mí, y que mi egoísmo ha tomado la forma de invertir todos los regalos en dinero que de mis numerosos parientes he recibido, en... trapos. Sí, y le suplico que no se burle: en... trapos.

Esta vez el dispendio hecho creo que está justificado; sin embargo, yo no tenía bata. Es decir: no tenía un salto de cama digno de la elegancia de mi cuarto y de mi indumento íntimo. ¿Me creará usted muy *shocking* si le digo que yo, para dormir, uso pyjamas? *Shocking* ó no, ya lo dije, y no me vuelvo atrás. Pues bien: sí, uso pyjamas de una seda japonesa deliciosa, sencillamente adorable, de los que uno es de fondo verde mar y estampadas en un tono más fuerte, algas marinas, de un diseño rígido casi infantil; otro de crespón blanco, bordado en sedas muy pálidas para dar realce á un diseño de flores de almendro; otro azul *paon* con revers color topacio; otro malva, con un leve bordado azul celeste.

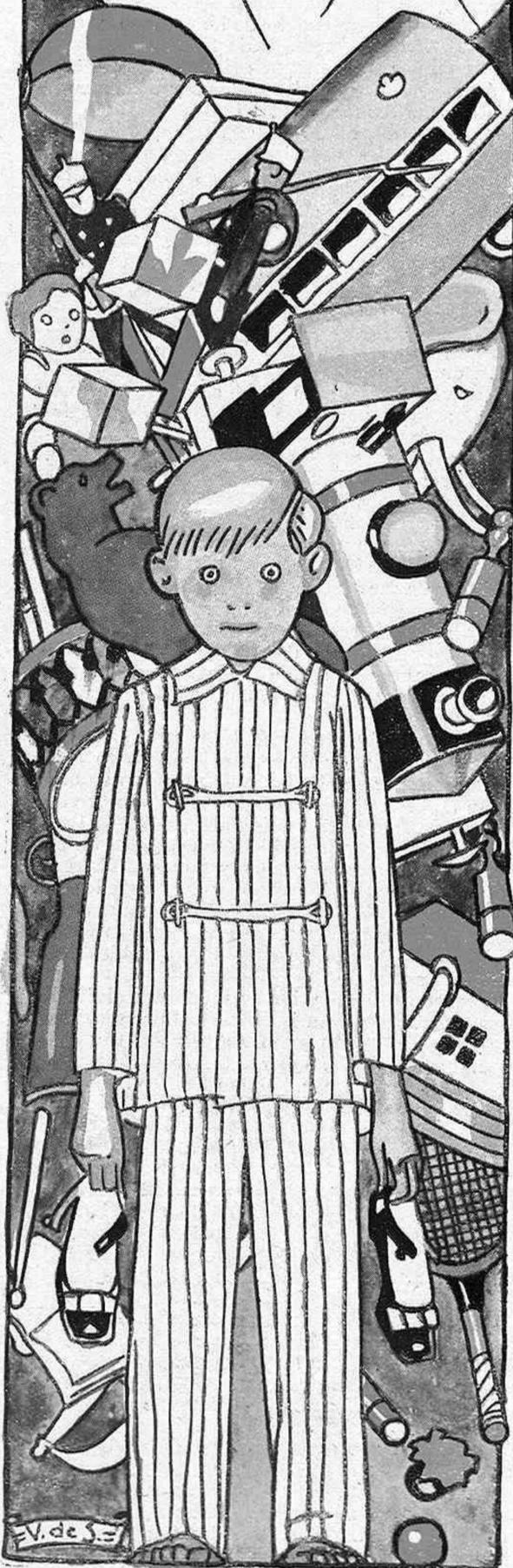
Comprenderá usted que tales primores exigían la posesión de una bata igualmente *chic*, y la he encontrado. Se trata de un trozo de brochado de seda riquísima color oro viejo, y cortado en la forma más original que puede imaginarse; algo muy parecido á los *ponchos* de los gauchos, solo que muy largo y muy amplio, con una abertura para la cabeza y abierto á los lados desde la altura de las rodillas, para dejar entrever el pantalón del pyjama. La bata va forrada de un enguatado muy ligero, cubierto de seda color de rosa.

Pero con tanto hablar de trapos, he olvidado hacerle una pregunta importantísima; y el caso es que se llevan el correo y no quiero que ésta le llegue retrasada. Quería interrogarle acerca de su amor; pero ya no tengo tiempo... *Ça sera pour la prochaine fois...* ¿Verdad?





EL GRAN DÍA DE REYES.



C

UANDO se acerca el 6 de Enero, día de la Adoración de los Santos Reyes, recuerdo con gusto un cuento que en cierta ocasión, por esta época del año, oí contar (en estos días en que el mucho frío convida á reunirse al calor de la lumbre), y que, haciendo memoria, paso á referir sin más preámbulo.

ooo

Pepito dió cima á su prolijo y costoso trabajo echando una gentil rúbrica en la carta.

—¿A ver, á ver lo que dices á los Santos Reyes?—preguntaron los embelesados papás, que no cabían en sí de satisfacción y orgullo, mirando á aquel muñequillo de siete años no cumplidos manejar la pluma como un letrado.

La verdad era que la tal carta sólo podía ser interpretada y leída por revelación milagrosa; pero toda vez que no se dirigía á seres de este mundo, sino á habitantes del reino celestial con sobrenatural poder y sabiduría, la cosa no ofrecía inconvenientes. Además, que el autor de la misiva, si no la entendía él mismo, recordaba su contenido perfectamente, gracias á lo cual pudo leerla ó hacer que la leía á sus padres.

«Señores Reyes Magos: Pongo en su conocimiento cómo habiendo sido bueno en casa y aprovechado en el colegio durante todo el año, espero me traigan ustedes muchos y buenos regalitos, deseando con preferencia una caja de soldados de plomo; todo un tren, que ande como los de verdad y haga la máquina «piii», como uno que tiene Carlitos.

También quisiera algunos juegos de rompecabezas, que no sean muy intrincados, y, finalmente, un sable y una escopeta. Dulces dejen todos los que quieran, que aun cuando no soy muy goloso, los que ustedes me traen me gustan mucho, porque como quiera que son del cielo, ¡saben á gloria!

Yo, en cambio, prometo seguir siendo bueno y estudioso, obedecer á mis papás y querer mucho al niño Jesús y á la benditísima Virgen María.

Hasta otro año, señores Reyes Magos, se despide de ustedes muy reconocido

Pepito García.»

Los amantes padres se miraban, como diciendo: «¡Qué talento tan maravilloso y precoz tiene nuestro hijo!»

Este, entretanto, había ido á buscar un par de zapatitos nuevos; metió en uno de ellos la famosa carta y fué á ponerlos en el balcón.

—Mamá—preguntó algo preocupado—: aun cuando no quepa todo eso que pido dentro de los zapatitos, ¿me lo dejarán los Santos Reyes de la misma manera?

—¡Es claro!—contestó.

Y añadió luego:

—Se da un beso á papá y á la mamá.

—¡Tan pronto!

—Ya sabes que una de las cosas por que los Santos Reyes quieren más á los niños es por recogerse temprano.

Pepito no replicó; dió las buenas noches á su padre y se dirigió á la alcoba.

Mientras su madre le iba desnudando, él no cesaba de hablarle de lo que entonces absorbía toda su atención: los regalos que iba á encontrar al día siguiente. Una vez le hubo acostado, cruzó sus manecitas, elevó sus ojitos azules y diáfanos, pronunciando con voz clara y argentina esta hermosísima y conmovedora plegaria:

«Tendido al verme, sospecho que está la muerte cercana.
¿Me levantaré mañana?
¿Será mi tumba este lecho?
¡Señor! Ten siempre mi pecho lleno de tu amor, de suerte que no me asuste la muerte.
Venga cuando Tú dispongas, con tal que al morir me pongas donde pueda amarte y verte.»

—Dios te haga bueno y dichoso, hijo de mi alma—dijo la madre besándole la frente.

Hizo sobre ella la señal de la cruz y se dispuso á alejarse.

—¿Te vas tan pronto, mamá?—preguntó el niño con sentimiento.

—Sí, hijo mío.

—¿Por qué no esperas á que me duerma como otras noches?

—Porque tengo mucho que hacer, vida mía.

—Pues que venga Pascualona, siquiera.

—Bueno. Vendrá Pascualona.

Minutos después entraba una muchacha alcarreña terca y áspera.

Sentóse de mal talante orilla de la cama; se conocía que más de su gusto era estar en la cocina de cháchara con las otras criadas, quitándole el pellejo á los amos, que acompañar al niño.

Pero éste estaba despabilado con la hermosa perspectiva del día siguiente, y no llevaba camino de dormirse tan pronto.

—¡Si vieras, Pascualona—dijo fijo en su tema—, qué carta le he puesto á los Santos Reyes!

—¿Y la has echado al correo, simplón?—preguntó la maritornes.

—¡No, tonta! ¿Qué cartero se la iba á llevar, si no viven en este mundo?

—Pues, ¿qué has hecho con ella?

—La he metido dentro de unos zapatitos, que he sacado al balcón, para que al subir la lean; y como en las alforjas llevan juguetes de todas clases, me dejarán los que pido.

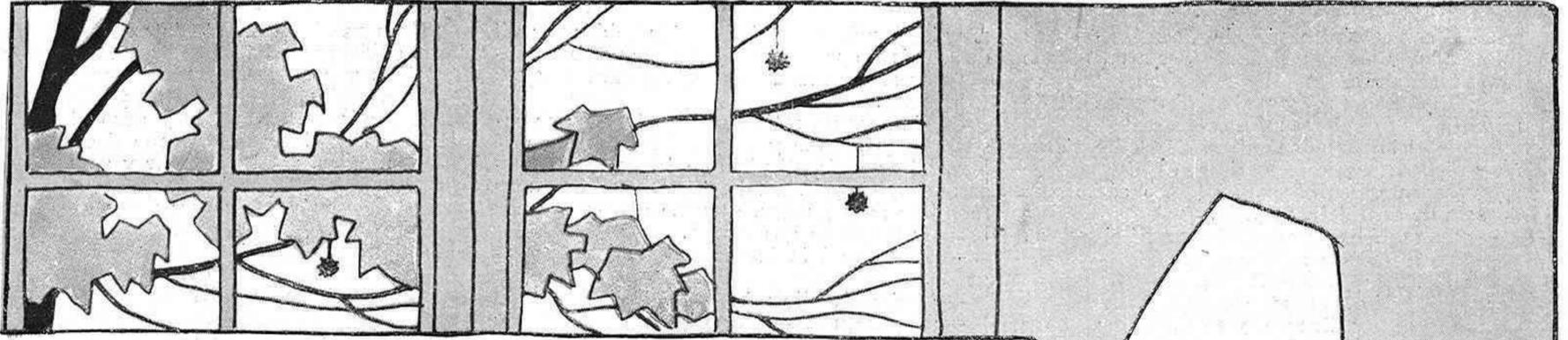
—Esas alforjas serán entonces más grandes que esta casa.

—¡Vaya si serán!

—¿Y cómo suben al balcón? ¿Por los aires?

—No, tonta, con escalas de seda.

—¿Y no se rompen con el peso de las alfor-



jas?—dijo con una sonrisa que, queriendo ser maliciosa, era zafia y brutal.

—No, bobona, porque Dios no quiere que se rompan.

—¡Je, je, qué risa!

—¿Vas á hacer burla de los Santos Reyes?— dijo Pepito irguiéndose fiero en la cama.

—De quien hago burla es de ti, zarramplín, que todo te lo crees.

—¿Qué es lo que creo?—preguntó el niño.

—Que son los Reyes quienes te traen los regalos. ¡No están malos los Reyes!

—Pues, ¿quienes son, entonces?

—Tus papás, bobo; tus papás, que parece imposible vayas á la escuela y creas en esas cosas. Por eso han salido esta noche; y dentro de poco, si estás con cuidado, los verás venir provistos de los dulces y juguetes que han ido á comprar.

Quedóse el niño mudo y pasmado, con los ojos desmesuradamente abiertos como si fueran á salirse de las órbitas.

—¡Mientes, mientes!—gritó con voz trémula y vibrante—Luego levantó su manecita y, señalándole con ella la puerta, profirió sin mirarla:

—¡Vete, vete de aquí!

No se hizo la sirvienta sepetir la orden, sino que salió satisfecha y gozosa para ir á relatar la ocurrencia á sus compinches. Pepito quedóse sentado en la cama, sin advertir que, desarropado como estaba, el frío invadía sus miembros.

Poco á poco su linda carita fué serenándose; la fe ciega y candorosa de la bendita infancia iluminóla como un rayo de sol y, pensando en la tosca sirvienta, murmuró:

—¡Engañosa!

Engañosa—dijo—; pero no se acostó para dormirse, sino que permaneció cuidadoso y en vela, con los codos puestos en las rodillas y los dedos entre los dorados bucles de sus cabellos.

Así aguardó media hora.

Sonó la puerta; luego los pasos de sus papás; en seguida sus voces alegres y cercanas.

Pepito bajó de la cama y fué á pegar su alterada carita en la vidriera de la alcoba. A través del visillo vióles llegar con abultados paquetes en las manos, que fueron dejando sobre la mesa, sentado á la cual había escrito Pepito su famosa carta.

Los cariñosos y alborozados papás desenvolvieron los objetos y apareció el sable, la escopeta, la caja de soldados y hasta el tren, lindísimo, con sus filas de coches de todas categorías y su diminuta máquina; un primor, cuya vista embelesaba hasta á los que no eran niños. La madre no se cansaba de mirarle.

—No vayas á darle cuerda—dijo su esposo—; mira que el pito lo va á despertar.

—No. No le doy cuerda. Esperaré á mañana.

—En cuanto lo vea se vuelve loco.

—¡Hijo de mis entrañas!

Pepito no quiso oír ni ver más; dirigióse al lecho; subió á él y arrebujóse con las ropas hasta taparse la cabeza. Lloraba; lloraba las únicas lágrimas amargas de su vida, porque eran las primeras que no secaban los besos de su madre.

ooo

Despertó tarde el desencantado niño, contando con mal humor á las prisas que su madre le daba por ir á ver lo que le habían traído los Santos Reyes.

Dejóse vestir; pero se negó resueltamente á salir al balcón.

Los padres se miraban con asombro. ¿Cómo se avenía el entusiasmo de la noche anterior con aquella glacial indiferencia?

Fué la madre á buscar los dulces y juguetes por ver si su vista le alegraba; pero el niño los recibió con el más frío desdén, acabando por volverle la cara.

Sentíase herido en su infantil susceptibilidad al comprender que sus padres le engañaban, y, por otra parte, aquellos regalos tan ardientemente esperados habían perdido todo el encanto y prestigio que les avaloraba á sus ojos; los dulces no sabían ya á gloria, y los juguetes eran como todos los que en las tiendas se vendían.

—¿Qué significa eso?—preguntó el padre con tono triste y severo.

—Mira que los Reyes no te volverán á traer nada—advirtió la madre.

—Los Reyes, ¿eh? ¡No están malos Reyes!—profirió, repitiendo las palabras de Pascualona.

—¿Qué quieres decir?

—Que aquí no hay más Reyes que vosotros—respondió Pepito.

—¿Quién te ha dicho semejante absurdo?—vociferó el padre.

—Pascualona.

—Pascualona es una estúpida y una pícara, que ha querido engañarte.

—Lo creí al principio—objetó el niño—, y á fin de convencerme, me desvelé hasta veros entrar con todo eso.

Levantóse el padre muy irritado.

—¿Adónde vas?—dijo su mujer, cerrándole el paso.

—A poner en la puerta de la calle á esa necia maliciosa y soez—gritó con reconcentrada ira.

—Déjala, si es necia. ¿Qué culpa tiene de que necios sean sus actos? Además, no veo en todo ello motivo para incomodarse; tarde ó temprano tenía que saberlo el niño.

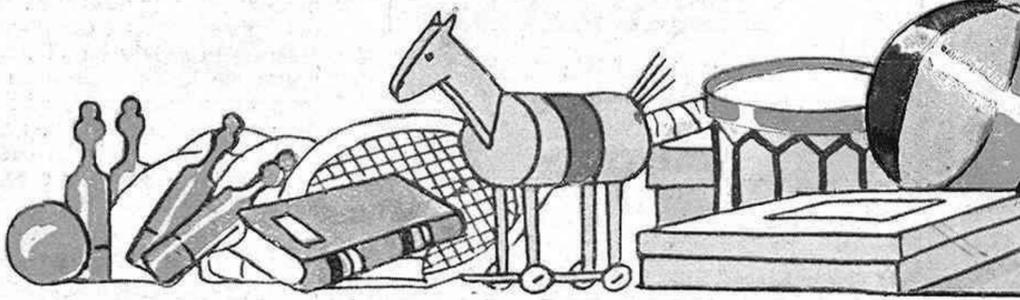
—Pero, ¿á qué anticiparle ese desencanto? ¿A qué apresurarse á desvanecerle esa piadosa y dorada ilusión, que hacía del día de los Reyes uno de los más alegres y hermosos del año, y que ha de mirar con entera indiferencia en lo sucesivo?

Sonrió la madre con dulzura por toda respuesta; recabó de su marido el perdón para la necia sirvienta, y, recogiendo los despreciados dulces y juguetes, con Pepito de la mano, salió de la habitación.

El amorosísimo padre esperaba solazarse todo aquel día con el contento extremado y bullicioso del hijo de su corazón, cuando por la indiscreción de una zafia sirvienta veíale disgustado, triste, abatido por impensado y rudo embate de aquel primer desengaño. ¡Cuántos y cuán dolorosos y amargos deberían seguirle! ¡Qué negras vacilaciones, qué horribles sobresaltos atormentaban su corazón! Unas veces culpaba á la simple criada, y otras hallaba que su hijo daba sobrada importancia á aquel incidente, debiendo haberse contentado con los regalos, viniesen de donde viniesen.

«¡Ah!—se decía—; cómo ha de ser fuerte y animoso en las luchas de la vida, que no es otra cosa que reñida y encarnizada guerra, si el más leve contratiempo le descorazona y abate?

Largo tiempo llevóse divagando de esta ó parecida manera, hasta que la puerta del cuarto



se abrió con estrépito, y Pepito, con las mejillas inflamadas y los ojos radiantes, se arrojó á sus brazos, gritando:

—¡Papá, papá! ¡Hoy es el más hermoso día de mi vida; hoy es el gran día de Reyes!

En pos del niño había entrado la madre, risueña y dichosa, con esas lágrimas dulcísimas que rejuvenecen y hermocean el rostro como una aureola de santidad y gracia.

—¿Pues qué ha pasado?—interrogó el esposo.

—Que lo cuenta Pepito—dijo ella.

—Sí, sí. Yo quiero contarle, papá; pero antes deja que te dé otro abrazo y me harte de decirte que soy muy dichoso, y te pida tu palabra para que me dejes celebrar cada año el día de Reyes, conforme acabo de celebrarlo hoy.

—Cuenta con ella.

—Bueno; pues vas á saberlo todo: Cuando salimos de aquí, mamá me dijo: «Has sufrido un contratiempo; acabas de perder una ilusión, mi pobre Pepito; pues mira: en este mundo apenas hallarás otra cosa; pero no te apures ni contristes, porque ahora voy á enseñarte la fuente cuyas dulcísimas y milagrosas aguas curan los golpes y aun las heridas de la suerte é infunden valor y aliento para seguir luchando en esta ruda y empeñada batalla que llamamos vida.» Yo no la entendí muy bien; pero la idea de ir á ver esa fuente de aguas tan dulces y maravillosas comenzó á alegrarme. Púsose mamá la mantilla y salimos á la calle; sin duda, teníamos que ir

muy lejos, pues nunca había oído hablar por allí de semejante prodigio; pero lo que no comprendía era por qué mamá me hacía llevar los dulces y juguetes.

Caminamos un ratito hasta entrar en un caserón muy grande y muy triste; como yo sé leer, leí en el frontispicio en letras muy gruesas: «Hospicio provincial». En esto salieron unas monjitas muy guapas, que me dieron muchos besos y hablaron con mamá.

—¿Acaso está la fuente en esta casa?—pregunté.

—Aquí está, hijo mío.

—¿Y por qué no dan de beber de sus aguas á esas niñas tan tristes y macilentas?—dije, reparando en unas siete ú ocho rapazuelas, que con aire encogido é indeciso ademán se iban aproximando á nosotros.

—Ellas son las que vienen á ofrecértelas—dijo mamá, invitándolas á que se aproximasen.

Vi entonces, por el uniforme que vestían, que eran, como dice Pascualona, niñas de la Inclusa, que no han conocido padre ni madre. ¡Ay! ¡Qué feliz! Pero al mismo tiempo cuán malo é ingrato me consideré con los míos, á los cuales acababa de disgustar, en vez de agradecerles sus cariñosos obsequios.

—Vamos—dijo mamá—. Repárteles á esas niñas tus dulces y juguetes; tú no los quieres porque no son de los Santos Reyes, y esas pobrecitas niñas no tienen papás que se los den.

¡Cómo me llegaron al alma estas palabras! Pero, súbito, me puse á repartir los juguetes y golosinas por no prolongar la impaciencia de aquellas infelices. Bien quisiera, papá mío, acertar á explicarte su alegría y gozo al paladear aquellos riquísimos dulces que decían saberle á gloria. Pues, ¡y al descubrir y poseer los juguetes! ¡Qué exclamaciones, qué alboroto, qué frenesí, con cuánta algazara veían caer los soldados de plomo! ¡Qué modo de afanarse y tirarse de risa al combinar sus rompecabezas! No digo nada al ver partir el tren con la máquina pitando. Creí que se volvían locas. Pero yo gozaba más que ellas; gozaba tanto, que flaquearon mis fuerzas y me eché en brazos de mamá llorando de alegría.

—Ya ves, hijo mío—me dijo besándome—, qué consuelo tan eficaz y dulce es hacer bien.

—¡Oh, sí, muy dulce!—respondí—Ahora comprendo la alegría de la fuente milagrosa; no la olvidaré; no olvidaré nunca el día de Reyes.

Calló el niño; su padre imprimió en su frente los labios trémulos de emoción; luego dirigió la vista á su discreta y noble compañera, á la cristiana madre del hijo de toda su alma, y murmuró con la voz embargada por el gozo y la gratitud:

—¡Bendita seas!

E. LEON ARCAS

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS

DON JUAN AMENAZADO POR WERTHER

EL TIPO DE HOMBRE QUE PREFIEREN LAS MUJERES

Qué tipo de hombre prefieren las mujeres? He aquí, realmente, una pregunta interesante y que entraña una proposición social de sumo interés. Conocer el tipo de hombre que mejor se ajusta á la preferencia femenina es tanto como resolver un problema que, desde hace tiempo, permanece en el atril de los más sutiles psicólogos. Se trata de averiguar el concepto estético y ético que predomina en la mujer, ya que de la pregunta formulada se puede deducir cuál es el sentido de belleza que seduce más á la mujer y cuál es su criterio respecto á moral.

Las leyes, las teorías, los juicios y las reglas que ha establecido el hombre, en el espacio del tiempo de su dominio, son el resultado experimental que ha realizado al estudiar á sus semejantes. El hombre siempre deduce todos sus sentimientos estéticos y éticos por sus preferencias del hombre mismo. Basta fijarse un momento para ver que toda obra de arte tiene principio en su aspecto humano y que toda la moral tiene su fundamento en una acción humana. El hombre parte siempre del hombre y vuelve siempre al hombre. Del tipo representativo del ser humano dependen las obras de arte y los artículos de los Códigos. Ese tipo es el modelo y el legislador de cada época. Cuando el tipo heroico invadió á Europa, los poetas le cantaron en todos sus romances, los pintores le copiaron en sus lienzos y los escultores levantaron estatuas que le perpetuaran. Todo esto en cuanto al arte se refiere. El sentido ético también creó el concepto del honor, en virtud del tipo representativo, y dió á las leyes la dureza de los guanteletes guerreros de los héroes. Tanto el Arte como la ley social dependen del tipo elegido. En Grecia fué el efebo desnudo, de hermosa raza, diestro en toda clase de ejercicios corporales. En la Edad Media el monje extático y el caballero enamorado. En el siglo xvii, el perfecto hombre de corte. Más adelante, Fausto y Werther, el hombre insaciable y triste. (Modernamente acaso Hamlet, el hombre neurasténico.) Y en este tipo, producto de la preferencia de la época, concurren todos los sentidos estéticos y éticos.

Determinar ese tipo tiene, pues, un valor considerable, ya que en él se hallan cuantas posibilidades de evolución puede incubar un siglo. El tipo preferido de las mujeres suele ser el que aceptan los hombres. Ellas son más diestras en esa apreciación é imponen la moda. Porque las mujeres, que siempre se conducen por impresiones, que rara vez aparece en ellas el estado de reflexión, tienen, no obstante, un instinto tan fino que resulta ser más profundo que el del hombre, aun sin proponérselo. Es que en ellas realiza la elección el oculto y formidable poder de la voluntad de la especie; el genio de la crea-

ción que ve, por los lindos ojos femeninos, las generaciones futuras, y para tal fin escoge y proclama el tipo ideal.

Recientemente, en Chicago, un periódico ha organizado una encuesta preguntando á las mujeres cuál es el tipo de hombre que prefieren. Diez y nueve mil concursantes han enviado su respuesta, y de ellas la gran mayoría ha dado preferencia al tipo del hombre tímido. Este resultado desconcertó francamente. El hombre tímido era el candidato al que menos probabilidades se le suponían para ser el favorito. Se esperaba que el elegido acaso fuera el hombre emprendedor, ó el atrevido, ó el despreocupado, ó el suprasensible, ó el ardentísimo... Pero que el hombre tímido fuera el preferido, eso nadie lo suponía. No obstante, él ha sido quien ha alcanzado casi la unanimidad de los sufragios en la original é interesante encuesta.

El resultado del concurso ha producido viva extrañeza y ha hecho que se formule la siguiente pregunta: ¿Werther ha matado á Don Juan? Si así es, parece que la mujer moderna ya no tiene

el noble corazón ardiente, sugestionable al gesto heroico ó, prosaicamente, atrevido. ¿Ya no es la mujer la subordinada al acto audaz, fervorosa de divino rendimiento ó ardorosa de humana redención?

Sin duda es que la mujer ha entrado en una nueva fase. Ahora, y especialmente la mujer de los Estados Unidos—donde la encuesta se ha verificado—, tiene un nuevo sentido de su misión en la vida; quiere algo más que ser la encargada del florecimiento de la semilla de las generaciones venideras; algo más que cumplir las funciones de madre. Quiere intervenir directamente en la marcha social, ocupar un puesto al lado del hombre; gozar de las libertades y de los derechos que éste tiene; modificar, en suma, la constitución social, estableciendo un nuevo sistema legislativo en virtud del cual las mujeres disfruten de ciertos beneficios y de ciertas intervenciones que ahora les están vedadas. Esta evolución de las aspiraciones de la mujer constituye el movimiento feminista, que tanto arraigo ha conseguido en los países del Norte.

Por esto, precisamente, porque la mujer de hoy tiende á emanciparse como una heroína ibseniana; porque quieren las lindas muñecas vivir su vida, librarse de la ley del hombre y poder ellas hacerse oír en los Parlamentos y tener una intervención directa en las altas cuestiones políticas internacionales, dan preferencia al tipo del hombre tímido. El hombre tímido es el que no las ofrecerá resistencia para la realización de sus propósitos feministas, para el logro de las aspiraciones que las inquietan y las hacen dejar un poco en abandono la canastilla de costura y el bastidor del bordado para salir á la plaza pública y levantar un tablado desde el que lanzar sus proclamas...

¿Cómo recibirán las demás mujeres este tipo de hombre preferido por las mujeres norteamericanas? Posiblemente en Europa, sobre todo entre las meridionales, no hallará tan franca acogida. El burlador, el hombre que las trate con desdén y con pasión, que las encienda en rubores con sus atrevimientos y que las haga llorar de celos, posiblemente seguirá siendo el tipo masculino preferido. De todos modos no hay duda que Don Juan se encuentra seriamente amenazado por Werther. El antiguo tipo ideal del hombre fuerte, del hombre audaz, todopoderoso en la vida y en el amor, va perdiendo terreno, se le deshilacha su prestigiosa capa de leyenda y en el porvenir se dibuja el contorno de un tipo de hombre, acaso más humano, el cual deje á las mujeres desempeñar este nuevo papel que ellas se han creado.

José CASTELLÓN

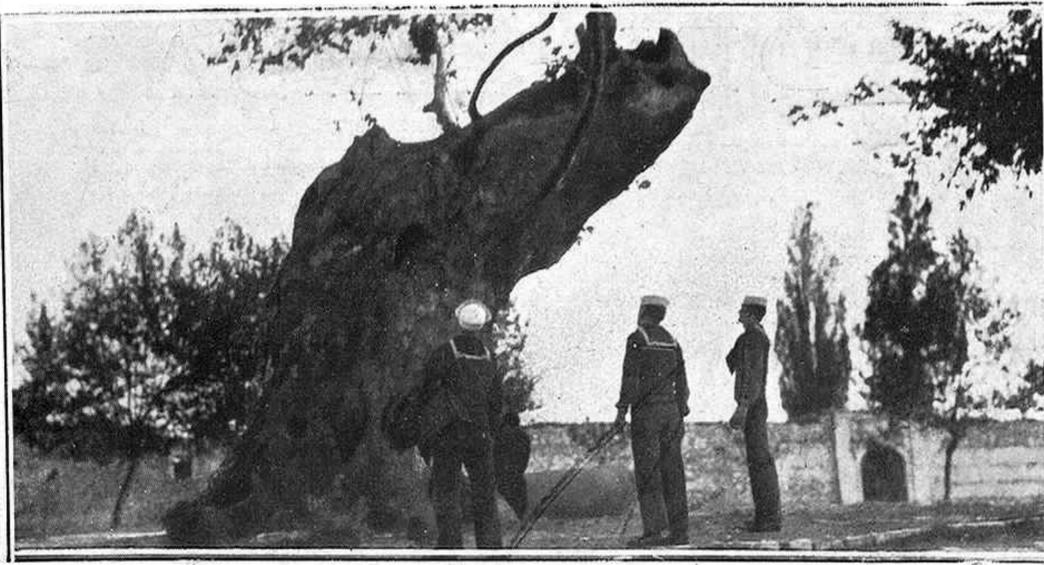


JOSÉ FRANCÉS

Nuestro querido compañero de Prensa Gráfica, ilustre novelista y crítico de Arte, á quien la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando acaba de elegir, unánimemente, académico de número, por su admirable labor en pro del Arte

FOT. DÍAZ

DE NORTE Á SUR



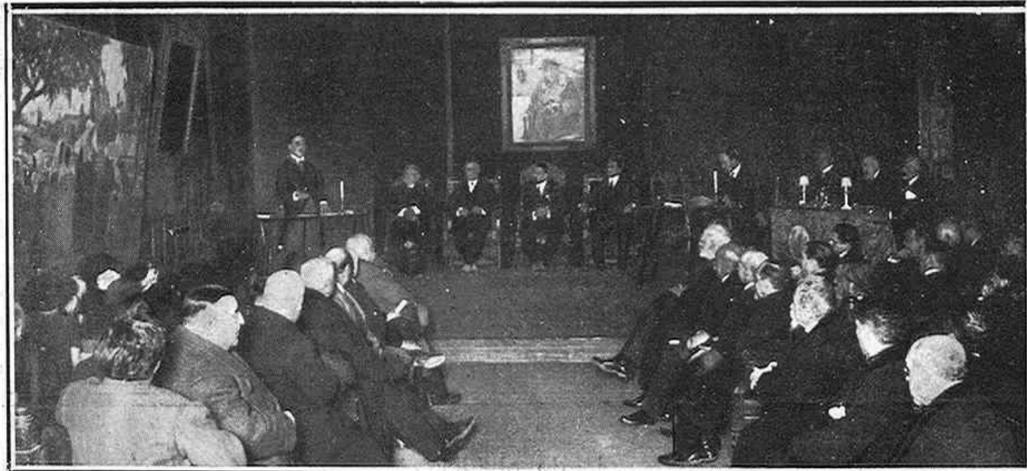
Constantinopla.—El árbol fatídico y siniestro que ha sostenido cuarenta mil agonías de ahorcados

¡Trágico sino el de este árbol que en la ciudad de Constantinopla ha ido sosteniendo los cuerpos de cuarenta mil hombres convulsivos y agonizantes! Durante muchos años, la justicia turca, acuciada de ancestrales é implacables designios, colgaba de este árbol á los cristianos y á los hebreos, enemigos eternos de su religión. Y se piensa en los otros árboles de más piadosa ó más jocunda suerte: los árboles que sombrean campos fecundados por el arado, los árboles que se veneran como símbolos de libertades ciudadanas, los árboles en cuyo tronco los nombres de los amantes se multiplican en relieves anchos...



Madrid.—Valentín de Pedro, ilustre escritor argentino

Valentín de Pedro, como antes de ayer Manuel Gálvez en *El solar de la raza*, y ayer Alberto Ghiraldo en *El peregrino curioso*, es un ilustre escritor argentino que ama á España, y lo demuestra en un libro interesantísimo. *España renaciente* se titula esta obra que acaba de publicar Valentín de Pedro, como primera de una serie donde se exaltan los hombres, los paisajes, las ciudades de nuestra Patria con un fervor elocuente y un estilo armónico. Con *España renaciente*, Valentín de Pedro, poeta, novelista, ensayista, uno de los más notables espíritus de la moderna generación hispanoamericana, realiza un acto de hidalguía intelectual que España no puede ni debe olvidar.



Valencia.—D. Vicente Novella pronunciando su discurso de ingreso, como director consiliario, en el Centro de Cultura Valenciana

En el Centro de Cultura Valenciana, en el antiguo Salón del *Consulat del Mar*, que es una de las más bellas dependencias del palacio *La Lonja de la Seda*, ha pronunciado Vicente Novella su discurso de ingreso, como director consiliario de Arte, desarrollando el tema *El retrato: estudios de sus aspectos*. Pocos artistas tienen la competencia y el prestigio de Novella para tratar este asunto tan sugestivo. Estudió las condiciones de «oportunidad del retrato», y á este propósito, deliciosamente unas veces y con sentida emoción otras, analizó en qué diferentes *momentos* la gente se preocupa de hacerse un «retrato». Y, por último, significó su deseo de que el Centro de Cultura admitiera una obra de Arte suya, el retrato del insigne historiador valenciano D. Roque Chavas, para que presida los trabajos de la colectividad, y al propio tiempo, después de hablar con gran competencia de la cerámica valenciana, sometió á sus nuevos compañeros la iniciativa de la creación de un *Museo de Cerámica Regional*.



Nueva York.—Harry Chin, el primer piloto chino

El primer aviador chino. Esta afirmación, como epigrafe de su retrato, nos sorprende como una revelación inesperada. Los «hijos del Cielo», ¿no habían volado aún? Toda su literatura, todo su arte, está colmado de fantásticos vuelos de princesas sobre dragones alados, escapadas felices ó infortunadas hacia las nubes en aires de leyenda que luego permanecen inmóviles en los kakemonos ú ondulan en los kimonos sedosos de las cortesanas. Y, sin embargo, los «hijos del Cielo» no tenían hasta ahora el título oficial de aviadores...



Ginebra.—Carteles y proclamas contra el proyecto de los comunistas de «Confiscación de la propiedad»

El pueblo suizo ha manifestado de un modo decisivo su opinión adversa al proyecto de *Confiscación de la propiedad*, iniciativa del partido Comunista. El Comité de propaganda contra ese proyecto llenó los muros de todas las ciudades de la Confederación Helvética con carteles llamativos y expresivos, donde demostraban gráficamente las consecuencias que tendrá la ley si se acepta. Los veintidós Cantones rechazaron el proyecto por una mayoría de 621.000 votos, de 731.000 votantes, lo que señala cumplidamente el criterio nacional.

LA TRISTEZA DEL PAISAJE



EL paisaje, cuando es sólo paisaje, es siempre triste, y si al paisaje, allá á lo lejos, le acompaña un pueblo, más triste aún, porque á la tristeza de lo deshabitado se une la tristeza cruel de lo habitado. Sí. La tristeza cruel de las villas, de las ciudades; la tristeza cruel de sus mujeres y de sus hombres en la edad moza ó cerca del confín de la vida, que va al campo y pesa sobre el campo, porque la tristeza del paisaje no es del paisaje: el paisaje somos nosotros, los que nos adoloramos en la tristeza de la ciudad; el paisaje es nuestro espíritu, todo su fondo de bondad y de maldad, de ensueños y de melancolías, de placideces y de anhelos. ¡El alma del paisaje! No. El alma del paisaje es nuestra propia alma, que con constancia se renueva en las alegrías ó en los lamentables tártagos de este tránsito por sobre la tierra...

Pero, ¿acaso existe el paisaje? Si el paisaje somos nosotros, nosotros somos los que lo hacemos existir. Un estético moderno, uno de los escritores de más recia mentalidad entre todos los que en la actualidad están en boga, sostiene la teoría que el paisaje, en la realidad, nada es ni nada representa—cielo, nubes, árboles fastidiosamente desiguales, praderas verdes ó amarillas ó simplemente negras—, sino que es el artista el que sabe manejar los colores y dar emoción á las palabras, el que le da la verdadera existencia al paisaje. Y es cierto. Recorred España. ¿Qué paisajes encontraréis? ¿Qué alma podréis hallar en los campos de las regiones españolas? Ninguna. Al paisaje, por ser sólo paisaje, no es posible animarlo y su contemplación nada nos dirá al espíritu; el paisaje, cuando tiene un valor—un valor estético—y una emoción, es cuando nos trae el recuerdo de lo que ha hecho el artista, cuando tras él vemos la fuerza creadora de una mentalidad, la inspiración de un numen.

Interesa más el que interpreta las cosas que las cosas en sí, porque las cosas no tendrían finalidad, al ser creadas, si no fuera para ser utilizadas, tras un examen y con una interpretación. El paisaje, triste ó alegre—no creo que haya paisaje alegre—, no es paisaje hasta que

el artista penetra en él, dándole su alma al darle una concepción. Los escritores españoles dan en sus libros una mayor sensación del paisaje de España, porque tiene las características en la idealización de la naturaleza, que la que puede dar el paisaje mismo en su cruda realidad. El paisaje, en la realidad, repito, no es nada, como no es nada cuanto es mudable; aquello que cambia y se sucede, que está sujeto á trueque y á permuta, ¿cómo ha de tener un alma? Un alma inmutable, como es el alma... Cielos encapotados, de tardes invernales; cielos que argenta la luna, de noches serenas; cielos luminosamente azules, de días ebrios de sol; tierra, tierra que oscila y crece y se derrumba; planicie desolada, altos montes, profundas cañadas; árboles, muchos árboles, de varias clases y de todas formas, árboles que enverdecen y amarillean, que se desnudan y se enfrondan; eras encharcadas, faticos de paja, hierba lozana, rientes praderías, recortados jardines, impenetrables bosques. He aquí casi todo lo que forma el paisaje. ¿Qué alma puede tener? El alma se la da el que sobre un lienzo ó en una página acierta á plasmar un paisaje, que no es el paisaje, sino su paisaje. Y entonces es cuando el paisaje comienza á existir.

Juan Jacobo Rousseau, primero; luego, de manera admirable, Bernardino de Saint-Pierre, son los que traen á la literatura el gusto por la naturaleza. Pero lo mismo Rousseau que Saint-Pierre llevan á sus páginas una naturaleza triste, que aún entristecen más por las frases llenas de pesimismo de que la rodean, á pesar que los panoramas campestres en las tierras francesas no tienen el aspecto negro y trágico de los árboles y de las montañas de las regiones españolas, aspecto negro y trágico que desde tierras andaluzas salta á las gallegas, y desde las levantinas á las extremeñas.

Acaso esté sentimiento de la tristeza del paisaje sea más frecuente encontrarlo en las letras que en la pintura, mientras las letras son el fiel reflejo de la realidad. Además, en el arte de las letras la visión de los panoramas es siempre más ingenua que artificiosa, y en la pintura es al contrario, porque el artista nunca debe ni pue-

de olvidar ciertos elementos de composición absolutamente necesarios, pero que tienden hacia la artificiosidad, empalideciendo siempre lo objetivo y á veces lo subjetivo. El escritor, ¿recuerda alguna vez su técnica ante el paisaje? No viene á mi memoria una sola página escrita con la mirada puesta en el campo en la que se pretenda hacer un cuadro afectado, lamido y suave, ni aun siquiera la composición un poco teatral; el escritor moderno pone su alma en el paisaje, sin técnica ni retoricismo, para incorporarlo á su obra, y como la vida está llena de tristeza, porque el alma es combatida por sus propias pasiones, el paisaje es profundamente triste...

Cuanto vivimos es algo que soñamos; cuanto llena de ilusión nuestra mirada es algo que vemos más en nosotros que fuera de nosotros, porque, acaso, sólo nosotros, muy en lo hondo, sentimos, efectivamente, toda la fuerza emocional que tienen las cosas. El cielo, la tierra, los árboles, las planicies, las montañas, los agudos picachos y las profundas cañadas: la vida entera de la naturaleza no se ve, sino que se siente.

Mientras es sólo recreo para la vista, no es nada; cuando es bienestar para los sentidos, comienza á ser algo; cuando nos hace sentir sentimientos de risa ó llanto, serenos ó tumultuosos, ya lo es todo.

Sí. Lo es todo, porque todo en la vida debe ir unido al sentimiento. Cuando al caminar por este duro tránsito de sobre la tierra no nos acompaña el sentimiento, es cuando realmente vamos solos, porque el sentimiento no nace sólo del presente, nace del pasado y de lo por venir, está hecho de recuerdos y de esperanzas, de esas esperanzas que sólo llegan á ser ilusionadas esperanzas cuando son proyección de ilusionados recuerdos.

¡Soñar, sólo soñar! Pero que los sueños no sean muy tristes, para que los sueños no invaden de tristeza al paisaje...

LUCIANO DE TAXONERA

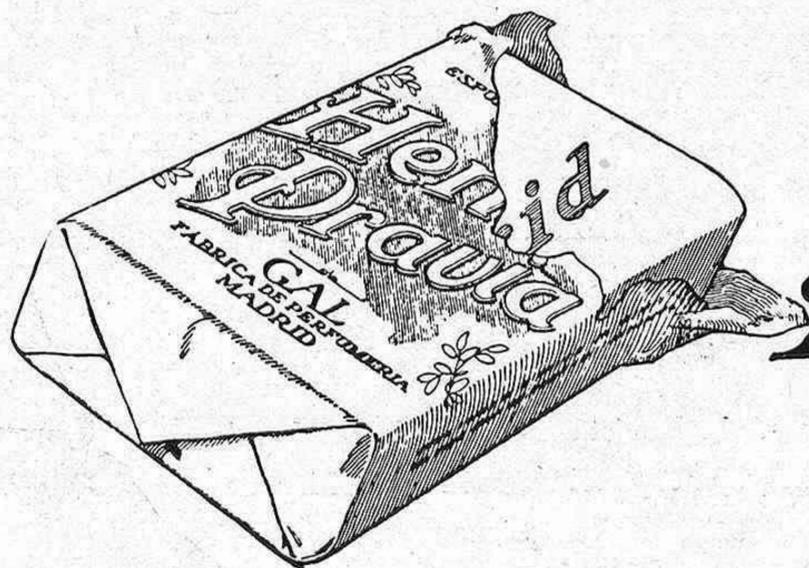
DIBUJO DE CASTRO GIL



El Agua y el Mármol

combinados por el arte, crearon siempre belleza. De igual modo, el agua clara y el Jabón Heno de Pravia, asociados por la higiene, favorecen,

con la salud, la hermosura de la piel, manteniéndola tersa y suave. El Jabón Heno de Pravia es el favorito de la gente "chic".



Heno de Pravia

Es jabón puro, sin mezclas ni adulteraciones de ningún género. Su inconfundible perfume se mantiene tan intenso al final como al principio de la pastilla. La espuma, ligera y abundante, presta suavidad, aroma y blancura á la piel.

Si compra Vd. una caja de tres pastillas observará, al consumir la tercera, que con el tiempo ha mejorado en dureza y fragancia. El fallo del público es unánime en reconocer estas buenas cualidades.

1,50 ptas. pastilla

Pídase en todos los comercios de España-Perfumería Gal.-Madrid.



LA BELLEZA
LA DISTINCIÓN
Y LA
SENSIBILIDAD
FEMENINAS

ELEGANCIAS

Estará á la venta en toda España, en casa de los corresponsales de Prensa Gráfica, en todas las librerías distinguidas y bien surtidas y en la Administración de

Prensa Gráfica, S. A.

Apartado 571

MADRID

Delegado especial de ELEGANCIAS en París: Leo Merelo, 62, Rue Richelieu, Palacio de la Agencia Havas

Tendrán en ELEGANCIAS su moderna piedra de toque, su más fiel y refinada expresión.

La elegancia sobria y distinguida del hombre de buen tono sostendrá invariablemente en ELEGANCIAS la mejor selección de modelos propios. La gracia, el gusto y la higiene aparecerán siempre en ELEGANCIAS, como los mejores consejeros para el arte de vestir á los niños.

ELEGANCIAS

será la Revista mensual de modas de la mujer española y de la mujer hispanoamericana

